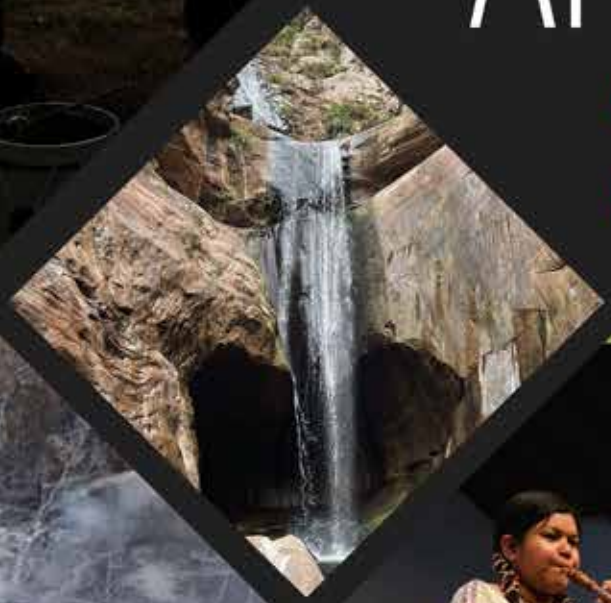
LA REGIÓN

Medio ambiente y turismo de Bolivia - Anuario 2021

Voluntarios apagan incendio forestal en Quebracho



ANUARIO 2021

STAFF

DIRECCIÓN DE CONTENIDOS
Rocío Lloret Céspedes

DIRECCIÓN GRÁFICA
Cecilia Requena Gallo

COLABORARON EN ESTA EDICIÓN
Nelson Pacheco
AnasBrook

GERENTE COMERCIAL
Doly Leytón Arnez

CONTABILIDAD
Sandra Martínez / JC BOZO

FOTO DE PORTADA
Archivo

Edición Digital Nº 63 / Anuario 2021

COPYRIGHT: La propiedad de los artículos y fotografías publicados en este número pertenecen a sus autores y a Editorial La Región. Por lo que ningún elemento de esta revista puede ser reproducido por ningún otro medio sin consulta previa y permiso expreso.

OFICINA:
C/Moisés Subirana #1386

TELÉFONOS
70079347 / 329-9862

CORREOS
prensa@laregion.bo
prensa.laregion@gmail.com

Santa Cruz - Bolivia

El año de la recuperación económica que no toma en cuenta la situación medioambiental

Las publicidades son muy elocuentes. “Vamos a salir adelante”, “este es nuestro año”, “juntos podemos”. Casi todos tienen que ver con la recuperación económica que -por supuesto- necesita el país y el mundo en general como consecuencia de la Covid-19.

Todo aquello está ligado a apoyar la producción, aumentar las exportaciones, reactivar empresas que quizá pararon su marcha en 2020 por la pandemia. En fin, mover dinero. Y todo aquello sería perfecto, de no ser por todo el aparato que se mueve para generar más recursos, sin pensar en un futuro no tan lejano.

Como La Región, este año recorrimos prácticamente toda la Chiquitania, parte de la Amazonia boliviana, el Chaco cruceño y la zona lacustre paceña, entre otros destinos. En todos estos puntos, fuimos testigos de la deforestación, contaminación, incendios forestales y la sequía que se ha profundizado en los últimos años. Es posible que no se quiera ligar un tema con otro -economía y medio ambiente- pero no hace falta ser un experto para saber que ambos temas van de la mano.

Es evidente que los niveles de pobreza del país son preocupantes y hay que trabajar en mejorar esa situación. La realidad, sin embargo, nos muestra que el enfoque para hacerlo debe ser sostenible.

Todavía no se ha medido el impacto medioambiental que dejará la pandemia, pero basta ver la cantidad de materiales plásticos que se producen y desechan cada día. Ya en temas macro, estamos en una época en la que no solo se requiere pensar en cómo exportar más, sino cómo hacer que ello sea perdurable y que cuente con una mirada más humana.

En algún momento, los propios pueblos indígenas pasarán factura por cómo a nombre del progreso sus territorios se han visto invadidos sin planificación. Muchos llegan a las lágrimas al contar cómo su propia cultura está siendo relegada, porque las nuevas generaciones se ven obligadas a emigrar y convertirse en empleados de otros, cuando en realidad sus padres y abuelos estaban acostumbrados a vivir de lo que producían.

De hecho, ni siquiera los ahora directamente beneficiarios tienen el futuro asegurado si no se piensa en el bien común. ¿Cómo podrá, por ejemplo, un ganadero llevar más agua para sus reses si esta ya ni siquiera abastece para el consumo humano? Hay mucho por preguntarse, mucho por hacer, pero sobre todo, mucho por pensar y actuar. Estamos a tiempo.

LA REGIÓN

CONTENIDOS

4 La comunidad que aprendió a conservar la naturaleza, busca reactivar el ecoturismo

12 Tiwanaku: el misterio de 19 cuerpos descuartizados en la cima de Akapana

18 Vive Cuevo, siente su cultura, su riqueza natural, su gastronomía

26 Moxos: cultura, música y encanto

34 Ruta del bufeo, volver a la naturaleza para curar cuerpo y alma

40 Copaibo, “oro líquido” de una comunidad indígena chiquitana

46 Guerreros de fuego: detrás de los bomberos voluntarios forestales

56 Qué es el Abayoy y por qué los incendios amenazan uno de los ecosistemas más ricos de Bolivia

62 “Alarmante” tráfico de ranas del Lago Titicaca

66 ¿Por qué la muerte de un caimán negro es solo la punta del iceberg de una serie de amenazas a la fauna en Bolivia?

La comunidad que aprendió a conservar la naturaleza, busca reactivar el

ECOTURISMO

(De izq. a der.) Mario, Pablo, Lorenza, Estefanía, Esteban y Hugo, los dirigentes del sindicato, turismo y padres de familia de la comunidad.
Foto: © Rocío Lloret Céspedes

Villa Amboró fue uno de los primeros proyectos de turismo comunitario en Bolivia. Durante años, sus habitantes lograron que la actividad sea un complemento a la agricultura sostenible. Ahora tienen la esperanza de volver a recibir visitantes, para continuar con el emprendimiento. Lee la nota completa en ***www.laregion.bo***

Rocío Lloret Céspedes

El El camino a Villa Amboró es una maraña de senderos de arena en medio de un bosque tupido. Cuando llueve, el vehículo de doble tracción se zarandea como si a su paso moldeara un bateón profundo. Para llegar se cruza arroyos y el caudaloso Surutú -a veces- con el agua dentro del coche. Quienes viven en esta zona, saben que en época húmeda deben salir a esperar a los viajeros. Para ello se sumergen hasta casi la mitad del río palpando con los pies las zonas menos gredosas y marcando las rocosas con largas cañas silvestres. Una vez en el lugar, todo habrá valido la pena.

Villa Amboró es hoy una comunidad de 47 familias. Está en el sector norte del Área Natural de Manejo Integrado /ANMI) del Parque Nacional Amboró, a 150 kilómetros de Santa Cruz de la Sierra. Se puede ingresar por el municipio de Buena Vista y ahora también por Porongo. En ambos casos, los caminos son inaccesibles cuando llueve intensamente.

En el pueblo hay una escuela secundaria, una cancha de fútbol, caballos sueltos que trotan libres de un lado a otro, niños y jóvenes mirando televisión un sábado por la tarde, parabas militares que vuelan y a su paso dejan escuchar su parloteo. En los alrededores, están las casas con patios amplios de tierra, perros flacos y gallinas gordas. Casi en el monte, terrenos de campesinos cuyos padres llegaron allá por los años 70, procedentes de Chuquisaca y Potosí principalmente, aunque con los años se sumaron cochabambinos y paceños.

- Los lugares donde nacimos no tenían condiciones. Yo llegué de Chuquisaca, donde mi padre tenía cinco hectáreas de tierra. Un día supimos que aquí se podía tener más. Primero vino mi padre, después nos trajo a todos. Nos gustó el lugar, tan bonito, los ríos para bañarse, peces. Una maravilla. No había clases, pero teníamos maestro particular. Ahí conocí a Esteban, Hugo, por eso ahora que estamos de edad, somos como hermanos.

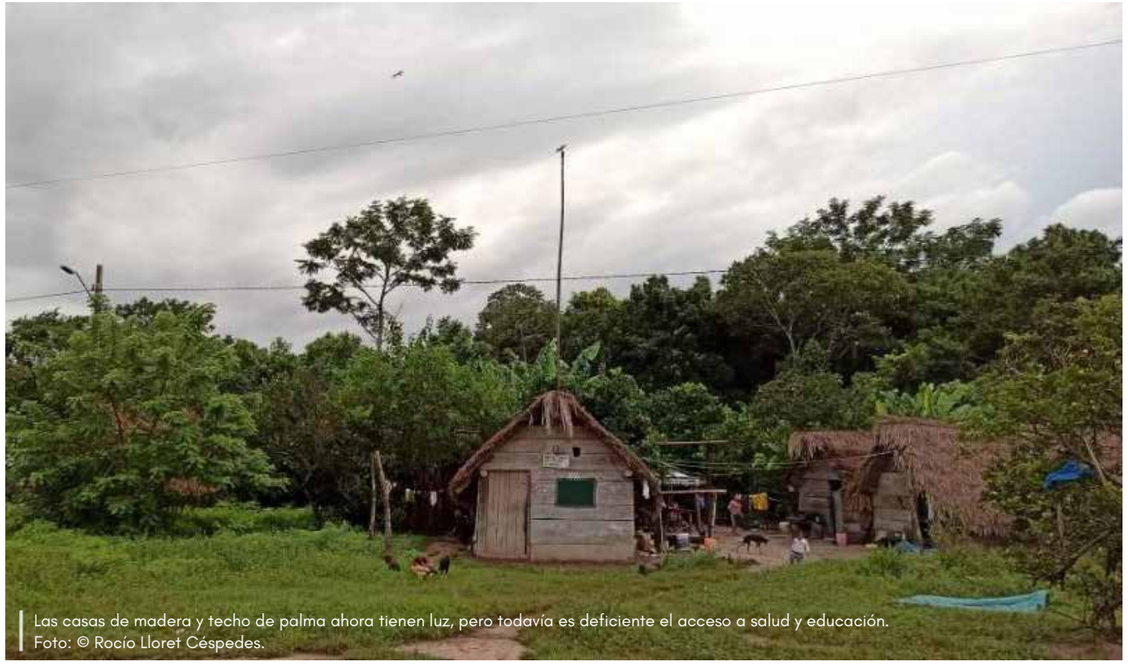
Pablo Mamani Huanca es el actual presidente de Turismo de Villa Amboró. De rostro redondo y sonrisa amplia, cuenta que los primeros habitantes abrieron los caminos.

Al principio, la actividad agrícola -papa, hortalizas, arroz, yuca- era fundamental en la zona. Eso implicaba que, en determinada época, había que hacer "chaqueos" o quemas para limpiar los terrenos. El riesgo era que un fuerte viento propagara las llamas y estas ingresaran al bosque, provocando incendios forestales.

En 1984, cuando se creó el Parque Nacional y ANMI Amboró, lo primero que se pidió fue el traslado de la comunidad.

Esteban Álvarez, secretario de Conflictos y Viabilidad, del sindicato de Villa Amboró, ve en ese conflicto el nacimiento de lo que años más tarde -en los años 90- se convertiría en uno de los primeros proyectos de turismo comunitario de un área protegida en Bolivia.

- Nos querían sacar, porque nos decían depredadores. No nos dejaban ni meter al río nuestro ganado. Nos ofrecían llevarnos a otro lugar, pero no quisimos movernos. De ahí vimos que entraban extranjeros a pasear (a las cascadas y otros atractivos naturales).



Las casas de madera y techo de palma ahora tienen luz, pero todavía es deficiente el acceso a salud y educación.
Foto: © Rocío Lloret Céspedes.

DE LA ADVERSIDAD NACE UN PROYECTO

Rosa Virginia Suárez, coordinadora general de Probioma -una oenegé especializada en agroecología, manejo de biodiversidad e impulsora de ecoturismo- recuerda que conoció a los comunarios de Villa Amboró en torno a ese problema.

En los años 90, el gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada (1993-1997) tenía interés de privatizar las áreas protegidas, dice. La situación provocó preocupación y susceptibilidad en las comunidades campesinas, lo cual llevó a separar el área de protección estricta de la de manejo integrado.

- Eso ocurrió en todos los parques nacionales. Villa Amboró era una comunidad de migrantes andinos, la mayoría de Chuquisaca, que se asentó al interior del Parque Amboró. Su actividad agrícola era a pequeña escala, pero ante la amenaza de privatización, surgió una contrapropuesta: trabajar junto con el Estado, en este caso el Sernap (Servicio Nacional de Áreas Protegidas), pero necesitaban gestionar el recurso natural-, dice Suárez.

La zona donde estaban estas personas ya era famosa por la cercanía con Macuñucú, una cascada natural escondida en medio de monte. Entonces, surgió la idea de empezar una iniciativa ecoturismo comunitario, administrada por la gente; no así por ningún gobierno ni por agencias de turismo.

- Fue una manera de introducirlos en la importancia de la biodiversidad, no solo para el país sino para el mundo. Les hablamos de cómo conservar, respetar, cuidar la naturaleza. También, cómo esos recursos podían beneficiarlos y complementar sus ingresos de agricultura con ecoturismo.

Esteban dice que los empezaron a concienciar, pero para la comunidad había otro problema: dinero. Probioma ofreció un fondo prestado de tres mil dólares, que al final se convirtió en fondo perdido. "Eso lo invertimos en material. La mano de obra, lo pusimos todos", comenta Esteban.

La "Cascada sin nombre", en la zona de Macuñucú,, es uno de los principales atractivos. Foto: © Doly Leytón Arnez

El ecoalbergue, con la señalización necesaria y basureros para separar residuos. En el comedor también hay recomendaciones. Foto: © Doly Leytón Arnez

Durante diez años (1996 - 2006) la oenegé capacitó a la gente en guiado, nociones de ecología, características de la naturaleza. A la par se impartió atención al cliente. Un reto aparte -asegura Suárez- considerando que, en ese momento, en Villa Amboró no había luz, agua en domicilio, servicios ni acceso a salud. "Lo más cercano era Buena Vista, que está a dos horas de distancia en vehículo, cruzando el río Surutú y el río Ichilo. Vivían en total aislamiento".

Pero en 1997 el esfuerzo dio sus frutos. Se inauguró el Ecoalbergue Villa Amboró: un conjunto de cabañas confortables con techo de palmera, baños amplios, tachos para basura orgánica e inorgánica, cocina a leña y espacio ideal para observar el riachuelo que pasa cerca, así como para practicar algún juego al aire libre.

Visitantes asiáticos, europeos, norteamericanos y connacionales empezaron a llegar de todas partes a conocer este pequeño paraíso escondido. Con los ingresos que dejaban se pudo instalar una tubería para que el agua llegue a los vecinos y ya no tengan que ir a los paúros (poza de agua de vertiente natural) o ríos a sacarla. También se invertía en educación, salud y deportes, enumera Mario Bejarano, presidente de la junta escolar.

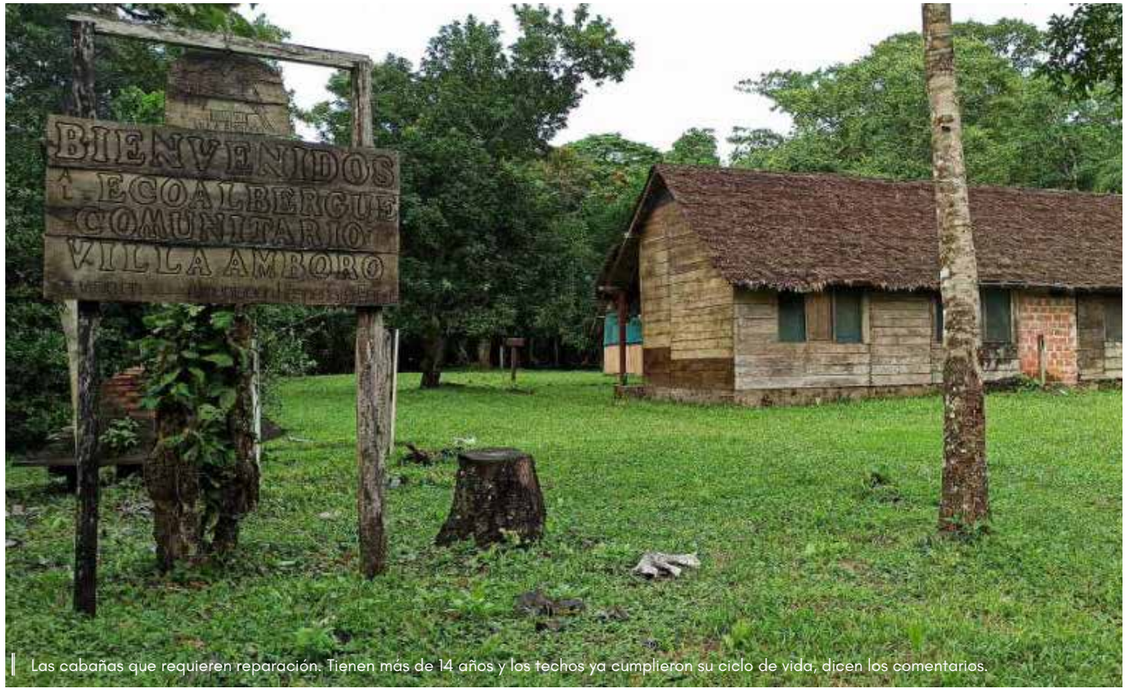
En un par de gastados libros de registro de visitantes que pasaron por aquí todos estos años, se lee comentarios muy favorables. La mayoría resalta el buen trato; otros, sugieren "que no llegue la luz eléctrica para mantener la esencia del ecoturismo".

Con todos estos logros, Probioma vio que el emprendimiento caminaba solo, así que decidió retirarse en 2006.

Los comunarios guían a los turistas por los senderos ecológicos del Parque Nacional Amboró.

Hugo Rojas, vicepresidente de Turismo, asegura que la gente entendió que el tema iba más allá.

- Nuestro interés nunca fue solo recabar fondos, sino dejar este sitio como herencia para nuestros hijos. Sabemos que, si lo cuidamos, puede durar años. A las cascadas no les van a llegar epidemias, las piscinas (naturales), se van a mantener. Usted no va a ver basura en cualquier parte, porque el fin es cuidar el medio ambiente, educar a nuestros hijos en el cuidado del medio ambiente. Este es el pulmón de Santa Cruz.



Las cabañas que requieren reparación. Tienen más de 14 años y los techos ya cumplieron su ciclo de vida, dicen los comentarios.

Para los recorridos siempre es necesario ir acompañado de un guía del lugar. Mario Bejarano es uno de los más experimentados.

EL IMPLACABLE PASO DEL TIEMPO

Desde hace más de un año las cabañas del ecoalbergue están cerradas. Las palmas de los techos cumplieron su vida útil y el cierre obligado por la pandemia de Covid-19, hizo que alimañas como roedores desgastaran otras partes.

Esperanzados en reactivar el turismo, este año los dirigentes viajaron a La Paz para solicitar apoyo al Viceministerio del área, pero les respondieron que no había presupuesto. Lorenza Tenorio, actual secretaria general del sindicato y máxima autoridad comunal, ve también falta de interés de parte de la Alcaldía de Buena Vista.

Paceña de nacimiento, esta mujer de porte alto, manos gruesas y polleras anchas, dice que el coronavirus mermó los ingresos por ecoturismo y tampoco se puede gestionar obras.

– Los accesos camineros no son como deben ser. Aquí uno tiene que producir para comer y sacar a vender, pero si no hay caminos, no hay cómo hacerlo–, lamenta.

La visita de turistas genera diez empleos directos, porque se destina a una cocinera, guías y todo un equipo de comunarios que se encargan que los visitantes se sientan a gusto, y se relajen. De manera indirecta, se compra queso, leche, pollo, yuca, frutas y otros productos de otros vecinos, para la alimentación de los huéspedes.

Además, actualmente en Villa Amboró se produce café, cítricos y variedades de plátanos para llevar a la ciudad; los mismos que también se ofrecen a las personas que llegan a recorrer el lugar.

Marcos Rojas Rodríguez, por ejemplo, asegura que la producción de su cafetal se vende en La Paz con éxito. También tiene plantaciones de cítricos y un injerto llamado "naranja de siete sabores".

Por eso los lugareños insisten en que no necesitan "un montón de dinero", sino lo necesario para reparar los techos. Su sistema de organización social es tan eficiente, que pese a provenir de distintas culturas (quechua y aymara principalmente), han logrado que cada quien conozca las obligaciones para con su comunidad.

– Este recurso que tenemos (el área protegida) es nuestra responsabilidad, pero también debería ser responsabilidad del país. Los visitantes que vienen, no solo dejan un aporte a la comunidad, sino al medio ambiente. Porque tener esto (el emprendimiento) no nos permite seguir chaqueando para sembrar arroz o yuca. Pero si no hay otro ingreso, la gente se ve obligada a hacer actividad agrícola y eso afecta al medio ambiente–, reflexiona Hugo.

DESCONECTADOS DEL RITMO CITADINO

Quienes eligen visitar Villa Amboró, ya sea para recorrer los atractivos turísticos naturales que tiene o simplemente descansar en total desconexión con el mundo moderno, nunca se van defraudados.

Desde el amanecer arrullado por el canto de aves diversas, hasta caminar durante horas en medio de árboles gigantes, de gruesos troncos y ramas largas; todo termina siendo una aventura. Al final de cada recorrido, encontrarse con cascadas naturales que invitan a refrescarse es un descanso reparador en todo sentido.

En cuanto a la comida, los productos de la zona forman la base principal de los platillos, pero hay fruta de temporada a disposición. Todo esto acompañado de guías preparados, que siempre tienen anécdotas, conocen los nombres de ciertos árboles y las bondades de las plantas que ayudaron a los comunarios a no enfermar de Covid, según dicen.

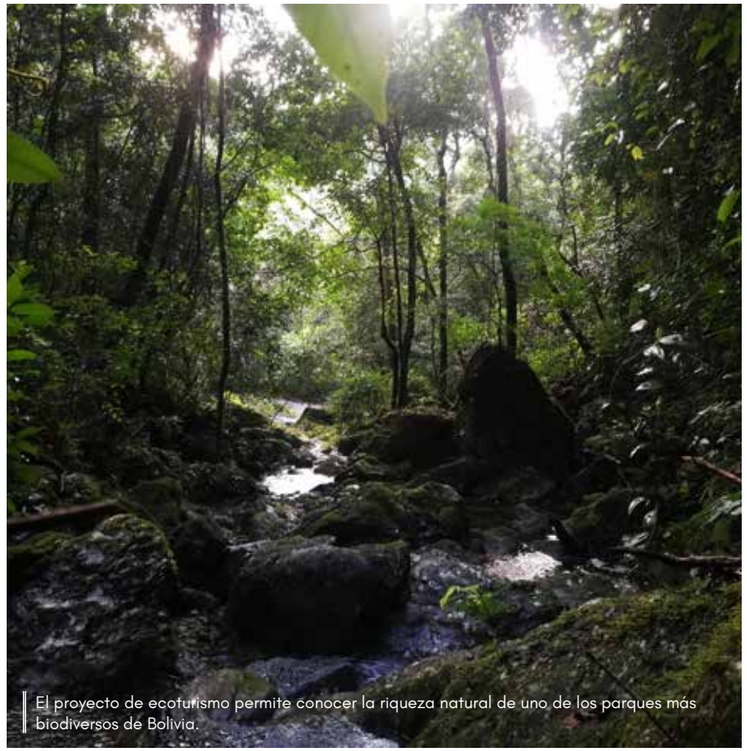
Mario muestra el fruto que da uno de los árboles de la travesía. Dice que este sirve como alimento para primates. Foto: © Doly Leytón Arnez

El contacto con la naturaleza es, quizá, el mayor atractivo de visitar este lugar. Foto: © Doly Leytón Arnez

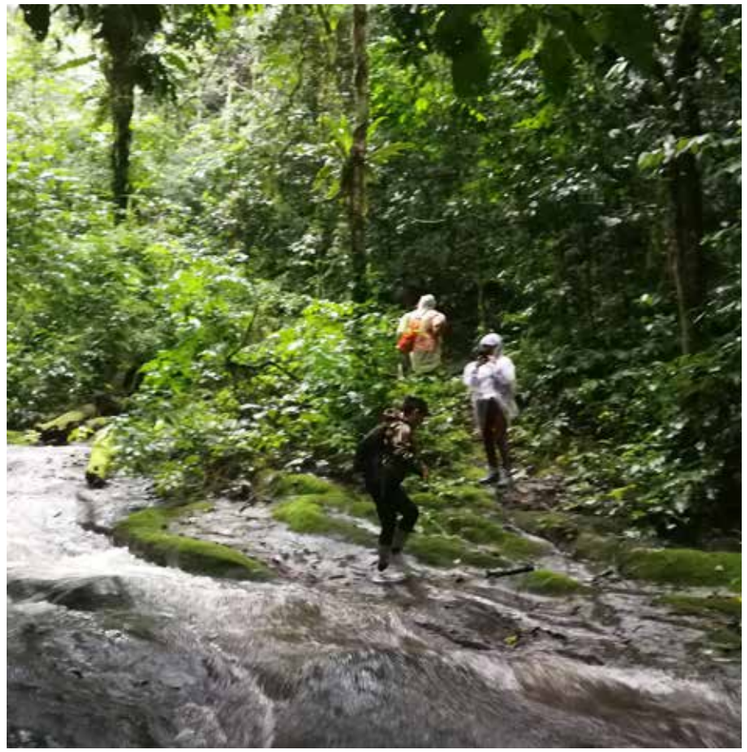
Son tres o cuatro días en los que siempre habrá qué hacer, aún cuando la lluvia no amaine y el tiempo pinte los cielos de gris. Entre los encargados de recibir a la gente, se nota cómo se entendió el concepto moderno del ecoturismo, muy fusionado con la amabilidad típica del lugar.

Incluso se consulta si alguien de los foráneos es vegetariano o tiene alguna enfermedad de base que requiera una dieta particular. Para ello Estefanía Arenas Cárdenas, encargada de los alimentos, trabaja incluso desde la madrugada, de manera que la comida siempre esté a la hora, con una sazón entre andina y oriental.

A todo esto, quizá lo único que le falta a este paraíso es un buen acceso carretero. Al volver a la realidad citadina, uno se encuentra con personas expertas en cruzar ríos a nado o a pie; con jóvenes cargando motos en medio del cauce, y vehículos jalados por otros de mayor potencia porque otros se quedaron en el medio del temible Surutú. “Que las autoridades sepan, que así se vive en esta zona; que así van los niños a los colegios, cruzando ríos. Que sepan que existimos”, dice un maestro mirando el río.



El proyecto de ecoturismo permite conocer la riqueza natural de uno de los parques más biodiversos de Bolivia.



Quienes disfrutan de la aventura, se adentran al bosque para conocer maravillosas cascadas y cuevas que albergan aves nocturnas.

Contactos: Hugo Rojas
Cel.: (591) 73687784

Operadora recomendada:
NEX: (591) 76627814

¿SABÍAS QUE...

GRACIAS A GENTE COMO VOS, QUE CREE EN LO QUE HACEMOS, PUEDES LEER TODOS NUESTROS CONTENIDOS SIN COSTO? GRAN PARTE DE NUESTRO TRABAJO PERIODÍSTICO SE SUSTENTA CON APORTES DE LOS #AMIGOSDELAREGIÓN, UNA COMUNIDAD COMPROMETIDA CON EL MEDIOAMBIENTE Y EL ECOTURISMO.

PARA SABER CÓMO PUEDES SER AMIGO DE LA REGIÓN ESCRÍBENOS AL 70079347, O INGRESA A:

WWW.LAREGION.BO/APOYANOS-2/

ANUARIO 2021

TIWANAKU:

el misterio de 19 cuerpos descuartizados en la cima de Akapana

Un equipo de tesistas y estudiantes de Arqueología trabaja en la reconstrucción de restos óseos descubiertos hace más de diez años. Una de las teorías con más sustento es que se trata de sacrificios humanos para enfrentar una sequía extrema.

El tamaño de los huesos permite asegurar que se trata de niños y adolescentes. Además, que tienen rastros de violencia.

Texto: *Rocío Lloret Céspedes*
Fotos: *Doly Leytón Arnez*

Por la pequeña y fría habitación, apenas entran unos rayos de sol mezquinos. Parece una morgue. Paredes de cerámica, piso del mismo material. En los mesones níveos, pequeños retazos de huesos esparcidos como piezas de rompecabezas. Y bolsas, varias bolsas enumeradas con más huesos. Cráneos, dientes, mandíbulas, fémures. Restos óseos de niños y adolescentes; también los de un bebé. El cuarto -ubicado cerca del museo de Tiwanaku, la antigua ciudad arqueológica, a 60 kilómetros de La Paz- es discreto. Aquí el ingreso es restringido. No solo por bioseguridad frente a la pandemia, sino porque un equipo de tesistas y estudiantes de Arqueología trabaja en una investigación sobre sacrificios humanos.

Es la tarde de un sábado de mayo y a la sombra el sol altiplánico no calienta. En la habitación, Claudia Altamirano -tesista de la carrera de Arqueología de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA) de La Paz- dirige al equipo conformado por seis compañeros suyos. Cada uno trabaja concentrado. Dibuja huesos, los examina con una lupa, anota hallazgos.

"Mi hipótesis es que sigue habiendo estas prácticas (sacrificios) con niños. Si bien no está científicamente comprobado, son cosas que se saben. Yo planteo que hay un patrón de continuidad (de estos rituales), que son elementos que empezaron tiempo atrás y se siguen manteniendo. Eso es lo que estoy tratando de demostrar", dice. Psicóloga como primera profesión, ha trabajado con temas de violencia, por eso le interesó este tema.

***

Entre 1988 y 1989, la arqueóloga Linda Manzanilla lideró excavaciones en la pirámide de Akapana, en cuya cima se encontraron restos óseos de 19 individuos, entre niños, adolescentes y una mujer joven con un bebé en el vientre.

El templo -194 metros de largo y 182 de ancho, con un perímetro de 800 metros y una altura de 18 metros- tiene habitaciones en ambos lados y un callejón subterráneo, como los famosos pasajes secretos de las iglesias coloniales. "Precisamente por este pasaje se llegaba a dichas habitaciones", dice el arqueólogo Luis Callisaya. En uno de los cuartos estaban los huesos.

Las piezas datan de 400 a 900 años DC, por lo que hay varias hipótesis respecto a su muerte. Una de las más sostenibles tiene que ver con sacrificios humanos.

Los expertos mencionan tres momentos importantes en la época, que coinciden con una sequía muy fuerte que azotó la zona.

Frente a esto, lo primero que se ofreció a los dioses fueron plantas tropicales traídas hasta Tiwanaku desde la región amazónica. El hallazgo de semillas de frutos de una especie de palmera le da sustento a esta aseveración.

Como esto no dio resultado, en un segundo momento se sacrificaron 40 llamas y alpacas. Este detalle llama la atención, porque en las minas de Bolivia se suele sacrificar auquénidos, pero no en tal cantidad. Los restos de auquénidos hallados y estudiados dan cuenta que en este sacrificio se mató a los animales en el mismo instante.

Tal parece que esto tampoco dio el resultado esperado y como la sequía seguía latente, "ante la desesperación de la gente", se procedió con un sacrificio humano.

"Los sacrificios humanos en Sudamérica no se pueden calificar como tales, en este caso se llaman sacro oficio, porque esa persona está consciente que va a morir por una buena causa. A diferencia de sacrificios hostiles de Centroamérica, donde se agarraba a prisioneros de guerra y se los decapitaba, en Tiwanaku es muy raro encontrar sacrificios humanos. Este es uno de los pocos", asegura Callisaya.

La arqueóloga Déborah Bloom publicó dos investigaciones sobre estos

El equipo de investigadores, al mando de Claudia Altamirano, en la puerta del laboratorio.

restos, en 2003 y 2016. En ellas ya reveló que los huesos pertenecían a personas de entre 16 a 19 años. Una de las mujeres tenía un bebé en el vientre. Sobre descubrimientos similares, entre los años 1000 y 1100 después de Cristo, en la región costeña de Lambayeque (Perú) se descubrieron más de 130 niños sacrificados. Pero aquí se sacrificaron también adolescentes y jóvenes. ¿Cuál la finalidad?

En los mesones, los huesos esparcidos, para reconstruir partes óseas completas, con el uso de un químico.

En los mesones, los huesos esparcidos, para reconstruir partes óseas completas, con el uso de un químico

Ante el fracaso del sacrificio con frutas tropicales y llamas, el último intento fue sacrificar humanos, pero no cualquier persona. "Se cree que (los sacrificados) eran parte de la jerarquía tiwanacota. Los jóvenes tenían en su mente ir a pedir lluvias a las divinidades", dice Callisaya.

¿Pero cómo podía llegar ese mensaje?

En la cosmovisión andina, los animales de la naturaleza son el zorro, las águilas. Los de los humanos son los perros, gallinas, llamas. En ese momento tan crítico, "seguro hubo convulsión social". Entonces se hicieron sacrificios humanos y los cuerpos fueron dejados al descubierto, para que los animales silvestres se alimenten. Así llevarían el mensaje a los dioses, para pedir la lluvia. Por eso, cuando se descubrió los restos, estos habían sido "cortados y sus restos roídos".

***

El equipo de Claudia Altamirano está conformado por estudiantes de la UMSA. Además de ella, quien defenderá su tesis sobre este tema, está Concepción Chura, egresada de Arqueología; José Mercado Vargas, estudiante de la misma carrera; Janeth Ramos, también egresada de Arqueología; Ana Canaviri, egresada de Antropología, Henry Conde, tesista de Arqueología.

Ante el fracaso del sacrificio con frutas tropicales y llamas, el último intento fue sacrificar humanos, pero no cualquier persona. Se cree que (los sacrificados) eran parte de la jerarquía tiwanacota. Los jóvenes tenían en su mente ir a pedir lluvias a las divinidades.

Todos ellos cursan su segunda profesión, por lo que fueron seleccionados tras la publicación de una convocatoria. Cada sábado, todos se reúnen para trabajar durante varias horas. Entre semana, se turnan los jueves y viernes, de manera que puedan realizar otras actividades.

La labor consiste en abrir las bolsas, extraer los huesos cuidadosamente, analizarlos con una lupa para distinguir los cortes, tomar fotos desde diferentes ángulos, dibujar cada pieza y tomar medidas. Luego devolverlos co n la delicadeza con la que se toma un objeto muy frágil.

"Este material es sumamente delicado, por eso necesitamos trabajar en cajas y con polietileno para que el hueso no sufra ningún daño. Trabajamos los óseos, los volvemos a embalar de forma delicada y lo devolvemos a la institución", cuenta Altamirano en alusión a que las piezas son del Centro de Investigaciones Arqueológicas Antropológicas y Administración de Tiwanaku (CIAAAT).

Los estudios se estos jóvenes se basan en osteometría, una técnica que les permite medir cada pieza con precisión matemática. A la vez consultan manuales para estimar la edad de los individuos. Por eso pueden afirmar que todos los restos pertenecen a personas no adultas. Pero, lo más importante e inédito: corroborar que "hubo violencia antes o durante la muerte".

Antes de enfrentar este reto, Altamirano trabajó desde la psicología en temas de violencia. Bajo esa perspectiva, ve patrones culturales que se repiten desde épocas ancestrales en los sacrificios humanos a los dioses o capacochas, como se conocía a estos rituales en el incario. "Ahora los llamaríamos infanticidios", dice.

Si bien la investigación empezó el año pasado, en marzo arrancó el trabajo de campo. Se prevé entregar los informes hasta finales de este mes o en julio, dependiendo el ritmo marcado por la pandemia.

Hasta el momento los hallazgos permiten corroborar el tema de los sacrificios, pero también que hubo descuartizamientos, porque se encontró evidencia de miembros dispersos. "Linda Manzanilla, una de las autoras de los estudios, dice que si bien los congelaban, les hacían tomar chicha y otras bebidas, los niños morían por hipotermia. Después los descuartizaban".

En ese contexto, la hipótesis es que este tipo de prácticas con infantes se siguen dando. "Está la desaparición de niños que la Felcc puede corroborar", advierte la experta.

Mientras Claudia explica, su compañera Ana Canaviri muestra la reconstrucción de un cráneo fragmentado. Unir las piezas es como armar un rompecabezas. Se debe encontrar coincidencias y, una vez hay certeza de que es la parte exacta, se usa un químico para pegar.

Y así sucede con cada resto. A los investigadores les interesa encontrar marcas que indican los signos de violencia, pero además determinar edades de los individuos.

***

La mandíbula reconstruida de un niño; debajo, el dibujo de la pieza para el registro.

Chura muestra uno de los retazos, tan pequeño que se trataría de un niño de no más de diez años.

Esta tarde de mayo, tras dar a conocer su trabajo, el equipo vuelve a concentrarse en los huesos. Mientras, alrededor un paisaje amarillo -homogéneo- contrasta con el azul intenso de un cielo con pocas nubes.

Desde el laboratorio se alcanza a ver la pirámide de Akapana, orientada al este, alineada con la montaña del Illimani. En la cima, lugar donde estaba la habitación del jerarca más importante, se cree que un día se asesinó a 19 niños y jóvenes, para que los dioses -por fin- hicieran caer gotas de lluvia.

APÓYANOS

Tu aporte nos permite hacer periodismo independiente, de calidad y sobre todo útil para la sociedad.

NUESTROS PLANES

Recibe nuestra revista mensual con información de medio ambiente y turismo de Bolivia.

- Mensual Bs 20 ($us 3)
- Anual Bs 200 ($us 30)

QUÉ RECIBES

- Un boletín mensual con enlaces a artículos seleccionados o la revista digital La Región.
- Acceso anticipado a material exclusivo.

Contáctanos al (591) 70079347

VIVE CUEVO,

siente su cultura, su riqueza natural, su gastronomía

Rocío Lloret Céspedes

En la calle de arena, larga como si no tuviera fin, un grupo de niños juega a las canicas. Vestidos con camisetas de algodón y pantalones cortos, los chiquillos afinan la vista para achuntar a la bolilla más preciada. Una leve brisa sopla después de un día lluvia en pleno octubre. De pronto, emana una voz dulce y aguda, una voz infantil que gorjea sin esfuerzo.

"Si ella viene aquí conmigo,
al menos tendrá,
cariño todos los días
y amor por demás...".

La chacarera -ese ritmo chaqueño rápido y golpeado que se acompaña con bombo, violín y guitarra- se oye como un canto de sirena en la voz de Juan David Rendón. Más tarde, por la noche, este niño de 12 años - al que de día le gusta jugar con amigos, ensuciarse la ropa en la arena y cantar- aparecerá en un escenario. Enfundado en una camisa azul a cuadros, un pantalón oscuro y el típico sombrero chaqueño de cuero; le dedicará un chamamé al amor y una chacarera al olvido. Luego una cumbia al estilo chaqueño, de esas que hacen bailar hasta al más aburrido.

Así es Cuevo, declarada capital del folklore chaqueño guaraní de Santa Cruz en 2018. Un pueblo marcado por los vestigios de la Guerra del Chaco que disputó Bolivia con Paraguay entre 1932 y 1935. Cuna de artistas como Juan David Rendón, Nasser Joaquín o Yasendi Canduari. El lugar donde se come el chancho galleta, cuyo nombre se debe al cuerillo que cruje ni bien se masca. El municipio de la serranía Sararenda, "hogar" del oso jukumari *(Tremarctos ornatus)* y aves endémicas del país como la paraba militar *(Ara militaris)*.

Tierra de guaraníes que -según cuentan- llamaban a este valle Cobo Cobo, el nombre de una mariposa negra; aunque hay quienes también dicen que le debe su nombre a un ave que emulaba la palabra con su trino. Un lugar donde el Carnaval se celebra en las haciendas, con bailes como la Asaregüa; en comunidades indígenas, con fiestas autóctonas como el Arete Guasu, y en la zona urbana con trajes de fantasía que engalanan a las comparsas y a sus reinas.

LA GUERRA QUE MARCÓ UN SIGLO

Quien visita Cuevo, distante a 360 kilómetros de Santa Cruz de la Sierra, debe saber que la gente evoca mucho la Guerra del Chaco, considerado el conflicto armado más importante del siglo XX en Iberoamérica. Niños y jóvenes conocen la historia de cómo dos países hermanos -Bolivia y Paraguay- terminaron enfrentados por un territorio -el Chaco boreal- en el que ni siquiera había el petróleo ansiado. "Estábamos por ganar la Guerra cuando firmaron el tratado de paz en Argentina.

Los pilas (término con el que se conocía a los paraguayos en la época) creían que el ejército boliviano era superior en número, pero en realidad no era cierto", se oye un relato.

Muchas de las armas estaban en poder de civiles y fueron colectadas para poder exhibirlas en este museo. Foto: © Rocío Lloret Céspedes

Aquí no se disputó ninguna batalla, pero fue centro y paso activo hacia la zona de conflicto, en especial Villamontes (Tarija), donde se realizó la llamada heroíca defensa de Villamontes (1935). Por eso en un ambiente del Regimiento de Artillería 4 "Bullaín" se abrió un museo.

En el interior se puede observar piezas utilizadas en la contienda bélica. Armas vetustas como fusiles máuser, algunos colectados de hogares de cueveños durante la entrega del Bono Juancito Pinto. También anafes, cocinillas y ollas tiznadas, instrumentos en los que muchos soldados se veían obligados a hervir su orín para luego poder beberlo ante la escasez de agua. Morteros, balas, piezas de cerámica y fotografías captadas en la época, donde se observa la extrema delgadez de los bolivianos, muchos procedentes de zonas andinas. Por último, un cañón de gran tamaño todavía operable; algo que lo hace único en el mundo.

A pocos kilómetros de Cuevo, en Santa Rosa, Chuquisaca, se encuentra una de las iglesias más antiguas de las misiones jesuíticas. Foto: © Rocío Lloret Céspedes

Muchas viviendas conservan su aire antiguo: muros de adobe, techos de teja gastada por el tiempo. Y aunque la modernidad se luce con hoteles recién remodelados y casas de ladrillos, aquí todavía quedan beneméritos del Chaco, aquellos hombres que en su juventud fueron a defender a su patria, y hoy son considerados héroes.

En el museo militar aún se encuentra en pie un cañón utilizado en la Guerra del Chaco. Foto: © Rocío Lloret Céspedes

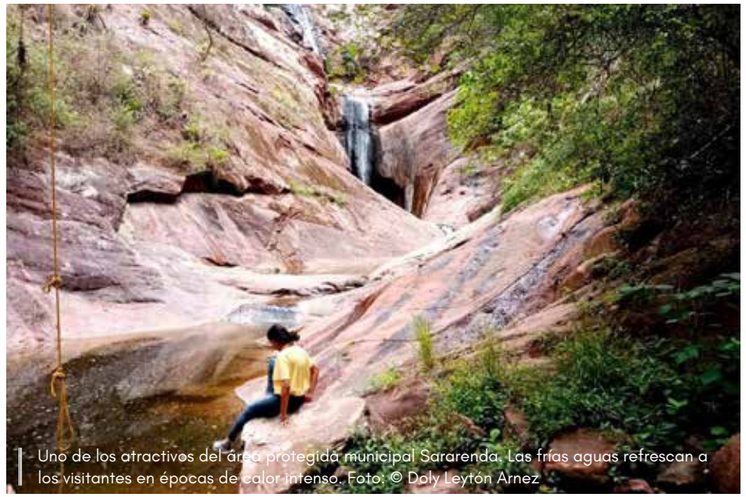
EN PAZ Y UNIÓN

En 2015, cuando Marcelo Villagra Quispe asumió por primera vez la Alcaldía de Cuevo, lo hizo con la convicción de que el turismo sería una de las puntas de lanza de su gestión. En las calles se oye decir de él que es "una persona humilde" y que, pese a que tiene detractores, la gente lo sigue en sus iniciativas. "Por eso lo han reelegido", aseguran sobre su nueva gestión que durará hasta 2025.

Convencido de que la llamada "industria sin chimenea" es el futuro de su región, se encargó de mostrar las bondades de su pueblo en medios de comunicación cruceños. La empresa privada del lugar -conformada por productores, el sector hotelero y gastronómico- se sumó al objetivo. Así nació la Plataforma Turística (Platur), cuyos miembros son cueveños que decidieron invertir en su tierra, como Rony Vaca, el actual presidente, quien junto a sus hermanos convirtió la casa de sus padres en el Hotel María Estela. Pero también hay residentes de otros departamentos como Germán Avendaño quien, retirado del Ejército, compró un terreno que hoy convirtió en el Alojamiento Sucre, en honor a esa tierra sureña.

Todos ellos empujan la misma máquina. Todos ellos sueñan con que su terruño sea un destino turístico anhelado, por su clima agradable (27 grados en promedio), su hospitalidad, su historia, pero sobre todo, porque mantienen sus costumbres y cultura intactas. Ahora, por la pandemia, a ese carro se subieron los más jóvenes; aquellos que le ponen la energía y la frescura de su edad. "Volvimos por la pandemia, algunos estudiamos en la universidad de Sucre (San Francisco Xavier); otros, en Santa Cruz, pero decidimos volver y trabajar por Cuevo mientras esto se normaliza", dice María del Rosario Torres.

Junto a María Fernanda Vaca Zambrana, la presidenta, Rosario forma parte de una fraternidad de 30 chicas y chicos que se ha propuesto apoyar al turismo como guías por distintos atractivos, y realizar actividades para entretener y educar a los niños.



Uno de los atractivos del área protegida municipal Sararenda. Las frías aguas refrescan a los visitantes en épocas de calor intenso. Foto: © Doly Leytón Arnez

Desde el mirador se puede apreciar parte del pueblo. Foto: © Rocío Lloret Céspedes

Los jóvenes reciben a los visitantes con una muestra de sus bailes y tradiciones. Foto: © Marca Santa Cruz

Doña Dolly corta el chancho galleta que preparó con esmero. Esta especialidad inspiró un festival gastronómico. Foto: © Rocío Lloret Céspedes

Muestra fiel de que en Cuevo, el arte se lleva en las venas, entre los miembros de esta agrupación está el campeón nacional de malambo y maestro de baile, Luis Vaca Padilla. Hay cantantes, bailarines y una lista de talentos. "Aquí quien no aprende a bailar de niño, la pasa mal en las fiestas", se oye un comentario.

COMER, DISFRUTAR, VIVIR

Cuevo es un destino para disfrutar, por lo menos, tres días. Quien gusta del tiempo de ocio, podrá recorrer el pueblo y comer un buen chancho galleta, que se elabora los domingos, aunque también se puede pedir por encargo otros días. Dolly Morales es una de las pioneras del preparado. Cuando se le consulta cómo logra que ese cuerillo quede como una galleta cracker al contacto con los dientes, responde que uno de los secretos está en la crianza del cerdo, alimentado con granos naturales y sin la intervención de químicos. El resto lo pone la mano de esta experta que, dada la fama de su chanchito, ahora hace envíos a Santa Cruz si se la contacta por teléfono.

Uno de los preparados que aún se realiza es una especie de torta de maíz, que se cocina para ocasiones especiales. Foto: © Rocío Lloret Céspedes

Esta ruta gastronómica incluye probar los famosos tamales con relleno, elaborados con maíz del lugar; chirriadas (una especie de pancakes), bizcochos de maíz, cuñapé, chicha y -por qué no- comida rápida. La característica, en todos los casos, es que los ingredientes son orgánicos, lo que significa que se compran a productores del lugar, que no usan químicos.

Quienes además buscan hacer ecoturismo, el Área Protegida Municipal Serranía Sararenda Cuevo-Camiri ofrece un contacto con la naturaleza y sus maravillas. Rodeado de farallones de piedra, por el sendero que conduce a una de sus pozas hay guías que aseguran haber tenido la fortuna de avistar al oso jukumari, símbolo del buen estado de conservación de la zona.

ENTRE LA RELIGIÓN Y LA FIESTA

Cuenta el alcalde Villagra que más del 90 por ciento de los cueveños practica la religión católica. Cuando uno visita alguna casa siempre encontrará una imagen sacra o la del patrono, San Juan Bautista; la Virgen de los Remedios o la de Guadalupe. Por eso las fiestas religiosas son muy concurridas.

En su historia se lee que "el 16 de julio de 1887 los padres franciscanos, cuya misión había llegado desde Tarija, fundaron Santa Rosa de Cuevo para la enseñanza y propagación de la fe cristiana".

La piedra marcada es otro atractivo de la Guerra del Chaco. Al descender por un sendero se llega a un río, donde el petróleo está casi a ras del suelo. Foto: © Doly Leytón Arnez

En Santa Rosa, municipio de Huacaya, Chuquisaca, contiguo a Cuevo, se encuentra una de las misiones franciscanas más antiguas de la región. Conservada como una reliquia, sus gruesos muros del convento albergan una escuela de música a la que asisten niños y jóvenes para aprender a tocar instrumentos. En la parte frontal, la parroquia donde celebran la eucaristía.

Los estudiantes de la escuela de música en el templo de Santa Rosa, Chuquisaca.

La gente del lugar espera que la estructura sea declarada patrimonio dada su importancia. Hasta ahora se ha logrado su remodelación parcial, pero es una tarea titánica, considerando que se busca mantener la esencia intacta.

Esta pequeña «fábrica de músicos» es el otro elemento que complementa el recorrido por este sitio. Ya en otro escenario, se nota que la vida de los lugareños está marcada por las melodías. Basta una guitarra, un violín y un bombo para armar una tertulia donde todo el que llega es bienvenido. Donde basta que alguien se anime a echarle una chacarera, un chamamé o incluso una ranchera. Porque se necesita una hora para aprender los pasos básicos de baile y ser parte de la rueda. Porque a Cuevo hay que vivirlo, para poder entender su ritmo y su alma.

Contacto Plataforma Turística:
* Telf.: 591- 71007100 /
* Correo: ronny.vaca.b@gmail.com

El chamamé, la chacarera y el malambo son algunos de los bailes tradicionales de esta región. Foto: © Marca Santa Cruz

Cuevo visto desde una imagen de dron. Foto: © Marca Santa Cruz

Únete a nuestros aliados para promover el turismo organizado.
Promocionaremos tus servicios con publicidad nativa, todo el año en enlaces independientes. ¡Contáctanos!

PUBLICIDAD GRATIS*

*Promoción válida por tiempo limitado.

@SoyBoliviaTurística
Cel.: 70079347
Mail: ventas@soybolivia.com.bo

www.soybolivia.com.bo

MOXOS:

cultura, música y encanto

Foto: © Anasbroock

El ensamble de Moxos interpreta instrumentos de cuerdas y de vientos nativos.

Marcado por la fe, las artes y las tradiciones, San Ignacio es una joya cultural por descubrir. Su archivo musical aun no ha sido estudiado, aunque su escuela de música revaloriza el talento de su gente. Sus artesanos reflejan en sus obras saberes heredados de la época de la evangelización con una mezcla de raíces autóctonas.

Texto: *Rocío Lloret Céspedes*
Fotos: *AnasBrook*

Cierto día en una comunidad del Territorio Indígena Parque Nacional Isiboro Sécure (Tipnis), el sacerdote Enrique Jordán escuchó tocar a una orquesta. Asombrado por el tipo de música que interpretaron los 12 integrantes, anotó sus nombres y los guardó para tenerlos presentes. En un recorrido por otras comunidades, se dio cuenta que muchos de estos pueblos guardaban partituras misionales que nunca habían sido escuchadas fuera de sus territorios. Un tesoro musical escondido.

Tiempo después mediante una carta, el Vicariato Apostólico del Beni, solicitó la entrega de estos documentos para salvaguardarlos en un Archivo Histórico. A cambio se entregó copias, para que los músicos continúen con su arte.

Aquel material ahora forma parte de las 7.063 partituras que se custodia con recelo en un ambiente del Museo de Arte Sacro de San Ignacio de Moxos, un municipio situado a 90 kilómetros al oeste de Trinidad, Beni. El laboratorio, un espacio de pocos metros, contiene música no estudiada de los Siglos XVIII y XIX, y de la que solo existe un catálogo elaborado por Piotr Nawrot, sacerdote musicólogo, conocido por su trabajo con la música barroca latinoamericana.

Juan Francisco Limaica, responsable del museo y experto en Bibliotecología, explica que tras la expulsión de los jesuitas (1768), quienes llegaron a evangelizar a los indígenas entre 1682 y 1744, la música que surgió en ese período se diseminó por la región.

Recién en 1973 se supo de la existencia de esta riqueza cultural, cuando el musicólogo chileno Samuel Claro escuchó al coro ignaciano, y pidió ver sus partituras. Tras hojear algunas, publicó un artículo en una revista donde reveló que, en San Ignacio de Moxos, "hay un archivo de música".

El repositorio tiene tres colecciones importantes: San Ignacio, Trinidad y San Lorenzo de Moxos. Contempla documentos en idioma moxeño-trinitario, pero lo más sorprendente es una colección de cinco mil partituras del Tipnis, que incluye libros de canto.

MELODÍAS PARA EL ALMA

Es noche de luna en San Ignacio de Moxos. El calor septembrino humedece la piel, pero la adrenalina de volver a tocar frente a un público dada la situación por Covid-19, emociona a los integrantes del Ensamble de Moxos.

Estar frente a este grupo de jóvenes, considerado un emblema de Bolivia ante el mundo, es un privilegio. Cuando las cuerdas de sus violines, violonchelos, contrabajos y flautas traversas, entre otros, empiezan a sonar, de allí no solo sale música, emana un espíritu que encanta el ambiente.

Tras un carnavalito con arreglos exclusivos, la directora, Raquel Maldonado, anuncia la interpretación de otra pieza con el mismo ritmo. Esta vez son arreglos en base a música del Tipnis. Aquello es otra obra de arte que muestra el talento de autores anónimos que escribieron notas como grandes maestros de la composición. Son melodías alegres, mezcla de ritmos que invitan a mover el cuerpo.

Bajo la dirección de Raquel Maldonado, el Ensamble de Moxos demuestra su talento en un concierto en San Ignacio de Moxos.

Ataviados con vestimenta típica -una especie de camisón largo y blanco, sujetado por un cinturón- los jóvenes empiezan su interpretación sentados, pero a medida que sube el ritmo, se paran y terminan haciendo una fiesta.

Los integrantes se formaron en el Instituto Superior de Música y Turismo de San Ignacio de Moxos. En la casa de dos plantas hay habitaciones de diferentes dimensiones, hay estudiantes, hay maestros ensayando. Desde los cuatro años, los niños eligen un instrumento de cuerdas o vientos para especializarse. De ser constantes, obtienen un título a nivel superior tras doce años de estudio.

En el espacio que alberga el Archivo Musical se puede apreciar también instrumentos que fueron utilizados por antiguos comunarios.

Miguel Uche, el luthier moxeño que aprendió a crear instrumentos de su abuelo.

El inmueble se construyó en 2005 para recibir a profesores que además de formar a los alumnos, tuvieran dónde vivir cuenta Raquel Maldonado. Por entonces no había maestros del lugar y ella misma, paceña de nacimiento, vivió acá cuando llegó a impartir clases, en 2004. Una religiosa navarra, María Jesús Echarry, fue quien impulsó este proyecto desde 1996, para darle vida a la música tradicional moxeña, fruto de la evangelización de los jesuitas en el siglo XVII.

Con el tiempo, la escuela se convirtió en un referente. Apoyada por una oenegé española -Taupadak- en equipamiento o proyectos puntuales como refacciones, su sostenibilidad depende más del esfuerzo de su directora, ya que los estudiantes pagan un monto simbólico de -Bs 3- por formarse. El otro modo de generar recursos es la venta de discos y giras del Ensamble. Esto último, por supuesto, ha quedado suspendido por el momento, dada la coyuntura de Covid-19

Actualmente hay más de 360 alumnos, quienes de a poco volvieron a sus clases presenciales. Alrededor de 20 maestros dedican su tiempo a estas generaciones que, tras obtener su título técnico, pueden ejercer a nivel nacional.

Raquel es pianista y una de las pocas directoras de orquesta mujeres del país. Cuando estaba por terminar la carrera en La Paz, fue invitada a venirse a Moxos. "Cuando llegué, esto estaba en la fase de convertirse en escuela, funcionaba en ambientes prestados. No tenía capacidad de dar clases de música, porque todos los ambientes estaban conectados", recuerda Maldonado.

Pero el proyecto ya estaba financiado y la escuela se construyó en un año con dinero del País Vasco.

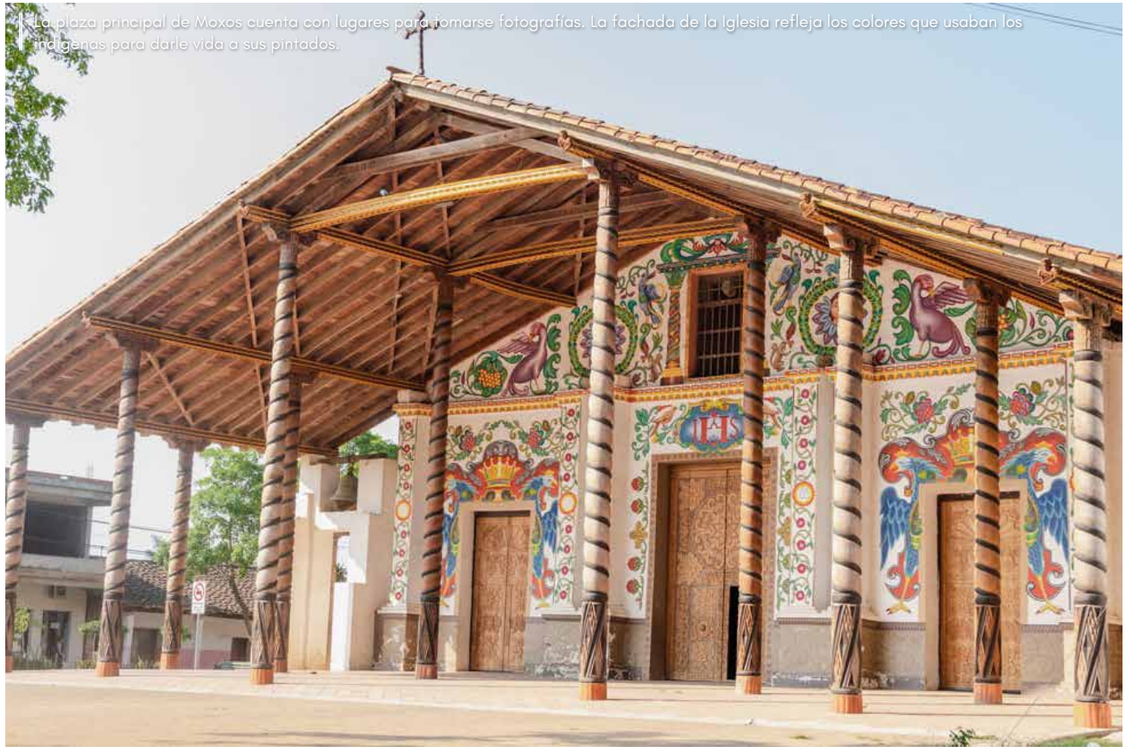
Con el tiempo, el mantenimiento del instituto se hizo cuesta arriba. Los instrumentos son importados, salvo aquellos que tocan los profesionales, quienes -por ejemplo- utilizan violines de Uche, un luthier moxeño de pocas palabras, pero mucho talento.

Miguel Uche, delgado y alto con cabellos crespos, aprendió a construir instrumentos de cuerda porque quería tocar música. En la mesa de su taller, como si de un cuarto de juegos se tratara, hay una regla, hay pegamento, hay retazos de madera, hay "esqueletos" de violines colgados esperando que les den vida.

Cuenta que a su abuelo, Francisco Uche, le bastaba mirar algo para darle forma. No hacía instrumentos, pero tenía el ángel de fabricar máscaras.

Cuando llegó la religiosa Echarry, en 1994, organizó un grupo de niños para enseñarles a tocar flauta, cuerdas, tambores y otros. Ante la falta de violines, Miguel hizo uno que no quedó como esperaba.

"Todo a ojo, con machete", relata. Para 1996, cuando llegó una pareja de luthiers para enseñar a fabricar violines, él aprovechó para hacer un curso de un mes. Hoy sus piezas son consideradas de alto valor musical y llegan a otros países por encargo.



La plaza principal de Moxos cuenta con lugares para tomarse fotografías. La fachada de la Iglesia refleja los colores que usaban los indígenas para darle vida a sus pintados.

UNA JOYA POR DESCUBRIR

San Ignacio de Moxos es un municipio conocido por su ganadería. De hecho ese es uno de sus principales ingresos, ya que la carne de res que se consume en La Paz, procede de esta región.

Sin embargo, al recorrer las calles y el Museo que está al lado de la Iglesia Parroquial San Ignacio de Moxos, uno se da cuenta que la riqueza histórica y cultural es una joya del turismo por descubrir. Ya en 2012, la Unesco aprobó la inscripción de la Ichapekene Piesta como Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad pero falta el puntapié para impulsar todo esto.

Y es que el museo es un repositorio de piezas sacras que no solo encierra la historia de la llegada de los jesuitas y la evangelización en este territorio. Hay piezas de alto valor, custodiadas en vitrinas, así como piezas arqueológicas que esperan ser estudiadas. También fotografías de la legendaria marcha de los indígenas, que ya en la década de los 90 recorrieron 500 kilómetros hasta llegar a La Paz, en demanda de reconocimiento y el ejercicio de sus derechos.

Francisco señala una de las partituras de música, guardada celosamente en cajones que únicamente se abren en ocasiones muy especiales.

Las 14 salas -explica el director Juan Francisco Limaica- se pueden recorrer en una o dos horas. Anexado a estas está el Archivo Musical.

La infraestructura fue restaurada y es auténtica desde la época misional. Tiene dos patios: en el primero se ubicaba el convento; en el otro, funcionaba una escuela de música. Los mejores estudiantes acompañaban las celebraciones eucarísticas.

También se puede conocer la flora y fauna de la zona, como ciervos, piyos, borochi, entre otros. Todo muy bien clasificado. Los mapas ayudan a entender, incuso, por qué se inunda el Beni. "Está en una zona muy baja, pero también porque está abrazado por tres grandes ríos: Iténez, Beni y el Mamoré", dice Limaica. Cuando colapsa este último, todo el departamento queda bajo el agua.

En los ambientes de arqueología, hay piezas de Reyes, Trinidad, Casarabe y muchos otros lugares. En depósito tienen como 60 cajas de material no clasificado. Una maqueta ayuda a entender el nivel de ingeniería que manejaban los pueblos amazónicos, con camellones y otras estructuras.

ARTE EN LAS MANOS

Muy cerca de este complejo cultural se encuentra la tienda de artesanos moxeños. Hamacas tejidas a mano, trajes típicos y souvenirs muestran el otro talento de la gente, la habilidad para plasmar obras con hilos, telas y agujas.

Las artesanas moxeñas crean piezas únicas con hilos de algodón cosechado en sus propias casas.

Todo esto y las tradiciones que se mantienen intactas, como el respeto a las mamas y al cabildo indígena, hacen de este destino un sitio que vale la pena conocer.

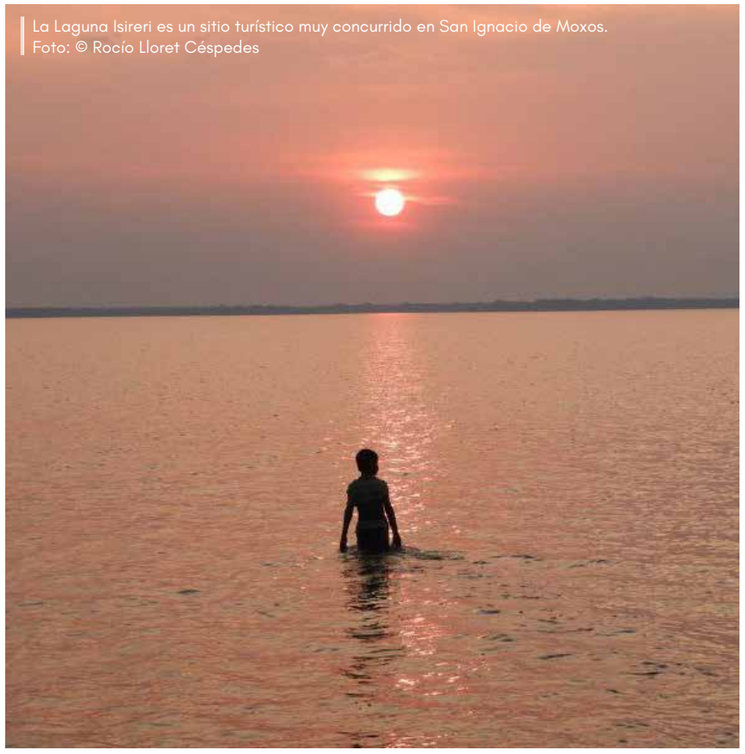
La pintura, fiel reflejo de la naturaleza, y los tejidos son parte de las obras elaboradas por artesanos moxeños.

San Ignacio de Moxos se proyecta como un destino turístico icónico de la Amazonia boliviana.

Por ahora, iniciativas como la hacienda San Felipe, buscan reactivar el turismo y ofrecer alternativas a quienes buscan un descanso, o simplemente vivir de cerca la experiencia de los trabajos de campo. Lo más aconsejable, sin embargo, es alternar ese relax con un recorrido por los sitios mencionados y terminar la jornada viendo el atardecer en la laguna Isireri o "anguila grande".

Cuenta la leyenda que el nombre se lo debe a un niño de nueve años, que un día acompañó a su madre a lavar ropa a un lugar húmedo y fangoso. Tras acabar su faena, la mujer llamó a Isireri, pero él no aparecía. Desesperada, llamó a la gente de su comarca para que la ayudaran a buscarla y, al volver, se encontraron con el inmenso cuerpo de agua.Isireri no apareció nunca más, pero dicen que el niño se convirtió en jichi, una anaconda gigante, que ahora custodia este lugar.

*Hospedaje recomendado en Moxos:
Cabañas San Felipe: 60202245


La Laguna Isireri es un sitio turístico muy concurrido en San Ignacio de Moxos.
Foto: © Rocío Lloret Céspedes

RUTA DEL BUFEO,

volver a la naturaleza para curar cuerpo y alma

El recorrido por el río Ibaré y Mamoré permite relajarse y disfrutar de la naturaleza.

Más allá de observar al único cetáceo que existe en Bolivia y otros animales silvestres, navegar por el río Mamoré, permite reconectarse con el entorno y con uno mismo. Abrazar un mapajo centenario y conocer a gente que decidió vivir como ermitaña en medio de la selva, es otra experiencia para recargar energías.

Rocío Lloret Céspedes / Beni

Florencio Vargas vive solo. Solo en medio de una selva tupida de árboles de troncos altos que cubren el sol con sus hojas; de plantas silvestres de ramas largas, y animalillos como los jausis que se arrastran en medio de arena ardiente. Solo, en una pequeña loma a un costado del río Mamoré, que cuando llueve muestra su furia y arrasa con los cultivos que tiene en su chaco. Solo, desde hace 21 años, cuando decidió trabajar la tierra para vivir en tranquilidad.

"Tengo hermanos, cuatro hijas, nietos, pero ellos están en clases, yo me vine al campo", dice y mientras habla se oye el trinar de los pájaros, el río que fluye calmo porque es septiembre y no hay peligro. La brisa que llega como un alivio ante el calor que sofoca.

Setenta y cinco años, estatura pequeña, manos regordetas y rostro redondo adornado por un lunar. Florencio tiene lo justo y necesario para pasar sus días. Una choza fresca donde reposa sus sueños, un equipo de radio donde se entera de lo que sucede "afuera" de su mundo; gallinas, un perro flaco que sale a recibir a las visitas. Un trapiche para extraer el dulce de la caña que cosecha; plantas suficientes para aliviar sus males.

"Nací en Santa Ana de Yacuma -cuenta- y con mis hermanos nos vinimos a vivir a Trinidad. Yo ya tenía familia y no encontraba trabajo. Un señor nos invitó a hacer chaco acá y nos vinimos con mi hermano".

Este hombre cultiva maíz, sandía, pepino, coco, caña y plátano. Cada cierto tiempo sale al pueblo a cobrar su renta de vejez. Pero también se va cuando el río Mamoré crece y deja todo inundado. Pero siempre vuelve cuando bajan las aguas, "porque hay que seguir luchando, trabajando, sembrando".

Mujeres y niños también están presentes en la gran marcha indígena. Foto: © Antonio Terceros

La majestuosidad del árbol asombra a los visitantes, más cuando se busca rodearlo para abrazarlo y recargarse de energías.

Las paradas durante la ruta permiten interactuar con gente del lugar, pero también conocer un poco de la historia de estos sitios.

Vuelve porque aquí no solo está su casa, sino porque le gusta conversar con los turistas que llegan para ver su árbol de mapajo de más de 200 años de antigüedad certificada por la Universidad Autónoma del Beni "José Ballivián".

Florencio se mantuvo a salvo de la Covid-19, pero la pandemia bajó considerablemente el número de visitantes. Con la suspensión de las restricciones, la gente empezó a venir de a poco, y se dio cuenta que aquel consejo de abrazar un árbol para sentir su energía y recuperarse, ahora es parte de un tratamiento sea o no que se haya pasado la enfermedad.

LA RUTA DELBUFEO

Pasar por el hogar de Florencio y quedarse absorto con la inmensidad de los árboles, en especial con el mapajo, es parte de La ruta del bufeo. El paseo se llama así, porque permite observar al delfín de agua dulce *(Inia boliviensis)*, el único cetáceo que habita en los ríos amazónicos de Bolivia.

Foto de archivo: © Mara Candice Arias

Y sí, a medida que la embarcación parte de Puerto Villarroel, entrada al área protegida municipal Ibare-Mamoré, a 13 kilómetros de Trinidad; el piloto se detiene para que los pasajeros vean revolotear a los bufeos, en pareja, con sus crías, o entre adultos, porque casi siempre nadan en grupos. Sus rosados lomos se asoman mientras ellos parecen jugar lejos de espantarse por el ruido del motor.

Pero más allá de observar al bufeo, la oportunidad de navegar por los afluentes de uno de los ríos más importantes de Bolivia, reconforta las energías. Observar a niños refrescándose en las aguas, sentir cómo las aves vuelan haciendo gala de su libertad. Ver a las tortugas al sol o a una familia de chanchos de monte, fuera del alcance del ser humano. Que el atardecer caiga con una escala de colores casi imposible de reproducir en una pintura; todo aquello es posible en un recorrido de ocho horas, que puede prolongarse por dos días.

La primera parada es en Loma Suárez, una pequeña población situada a orillas del río Ibare (afluente del Mamoré), custodiada por la Escuela de Sargentos de la Armada Boliviana "Reynaldo Zeballos". La historia de este sitio está ligada a la familia Suárez, de origen cruceño.

De hecho, dicha escuela se encuentra en la inmensa casona propiedad de los hermanos, y que pasó a manos del Estado en 1940 tras el deceso de Nicolás, el menor de los ocho. De estilo neoclásico, la misma tiene palmeras reales traídas desde India.

Cuentan los historiadores que Rómulo Suárez, el mayor, era un hombre trabajador pero muy severo con sus empleados. Nicolás y él incursionaron en el negocio de la quina, y en la importación y exportación de mercancías a Brasil. Buscando nuevas áreas de explotación, se interesó por la extracción de la goma elástica en Reyes. "Nicolás fundó Cachuela Esperanza en 1882, entre los ríos Madre de Dios y el Beni, emplazamiento que resultaría estratégico para controlar la producción de goma del norte boliviano y se convertiría en centro del mayor emporio económico del auge gomero: la casa Suárez. Esta comenzó controlando la navegación fluvial y el comercio de importación-exportación, para posteriormente adquirir las barracas y tierras de sus deudores", refiere la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia.

Volviendo a las aguas tras esta visita, la inmensidad. Y al cabo de unas horas, la posibilidad de almorzar en una playa desierta, para luego entretenerse un instante a orillas del río, sintiendo a diminutas sardinas que obligan a estar en movimiento constante.

El paseo se llama así, porque permite observar al delfín de agua dulce (Inia boliviensis), el único cetáceo que habita en los ríos amazónicos de Bolivia.

Al volver a la embarcación, más delfines. Un grupo grande que juega en círculos, que se esconde. Que hace que los tripulantes se muevan de un lado a otro con curiosidad. Que sonrían ante tanta habilidad de los bufeos, que los busquen. Que todos los problemas queden en el olvido.

Para ingresar a lo que hoy es el cuartel, se requiere un permiso especial. Sin embargo, desde afuera se puede ver la inmensidad de la casona.

AMAR LA VIDA

Quizá una de las grandes lecciones que deja Covid-19 es el hecho de poner en valor lo que se tiene y a quienes están alrededor. La reconexión con la naturaleza es parte de este proceso, que enseña -además- a ser un turista responsable. Cuidar la naturaleza ya no es solo una obligación, sino pensar en los hijos, los nietos, los otros.

Tras un par de horas por el agua, una nueva oportunidad de compartir con alguien que, como Florencio Vargas, decidió vivir en soledad.

Esther Nuñez Javivi tiene su casa en otra loma, a orillas del río Ibare. Un perro escuálido la custodia de los extraños. Y gallos catalanes comparten el espacio con un pavo silvestre que se sumó al grupo cierto día.

Los visitantes de esta mujer entrada en años y manos huesudas, pueden compartir con ella un café recién hecho acompañado de un masaco de yuca preparado para la hora en que el sol empieza a entrarse.

Después de todo esto, dejar la tranquilidad de la selva para retornar a la zona urbana, al ruido de los motores y el movimiento de las ciudades, es difícil. Pero claro, siempre habrá la posibilidad de volver, como lo hacen Esther y Florencio, porque esta tierra es de encanto.

Durante una jornada los pasajeros disfrutan del viaje en la embarcación turística que realiza paradas en atractivos estratégicos de este destino.

Operadora recomendada para la Ruta del Bufeo:

591- 72818317

Hospedaje en Trinidad: Hotel Colonial
Reservas al : (591) 34622864
(591) 72814027
https://www.facebook.com/hotelcolonialtrinidad

Durante el trayecto se puede observar una variedad de especies de animales silvestres amazónicos en su hábitat.
Foto: © Rocío Lloret Céspedes

COPAIBO,

el “oro líquido” de una comunidad indígena chiquitana

Las mujeres de la comunidad transforman el aceite y agua de copaibo en champú, cremas y jabones. Foto: © Nelson Pacheco

Los habitantes de El Rancho, en San Javier, encontraron en el aceite de este árbol una alternativa sostenible para mejorar su economía y conservar su bosque. Ya iniciaron el proceso para convertir su territorio en área protegida comunal.

Doly Leytón Arnez

En medio de un bosque tupido, diez hombres en fila ingresan como hormigas por una estrecha senda. Algunos con machete en mano; otros, con un bolso que contiene una botella de plástico cortada por la mitad, cinta aislante, alicate y otras herramientas. De pronto, cada uno se para frente a su respectivo árbol. Colosales especies atravesadas por un tubo de plástico en el corazón del tronco. Una vez en posición, cada hombre abre lentamente el pequeño tubo sellado con una tapa de rosca, a la espera que fluya el aceite de copaibo: viscoso, de color amarillo opaco y un olor penetrante.

La escena se repite una vez al mes en El Rancho una comunidad de la Tierra Comunitaria de Origen (TCO) Monte Verde, a 50 kilómetros de San Javier y a 228 kilómetros de Santa Cruz de la Sierra. Esta, al igual que otras comunidades chiquitanas, cosechan la resina para venderla, ya que tiene muchas propiedades medicinales.

Frente a un árbol de copaibo, un grupo de comunarios de El Rancho muestra el fruto de su esfuerzo. Foto: © Nelson Pacheco

Se trata del Copaibo Chiquitano *(Copaifera langsdorffii)*. Estudios químicos y farmacológicos le atribuyen acciones desinflamantes, analgésicas y cicatrizantes debido al Cariofileno, ampliamente utilizado en la industria farmacéutica. Las investigaciones indican que es el producto natural con mayor presencia de este elemento en el mundo, con el 50 por ciento de su composición. Otro beneficio es que no requiere industrialización porque brota del árbol, listo para su uso.

Una vez al mes los varones de la comunidad ingresan al bosque para cosechar el aceite y agua de copaibo. Foto: © Doly Leytón Arnez

Los pueblos originarios de la Chiquitania, en Santa Cruz, lo utilizan tradicionalmente para curar heridas y aliviar tos, resfríos, dolores causados por el reumatismo, artritis, dolor de huesos, muelas e inflamaciones, entre otros.

Por su fama de "santo remedio", mucha gente lo busca para aliviar sus males, en especial ancianos y deportistas.

Por ello, diversas instituciones apoyan emprendimientos comunitarios de aprovechamiento de este recurso. "El Copaibo se destaca por establecer una conexión entre la salud humana y la permanencia de los bosques en pie", dice Javier Coímbra, uno de los autores de la Guía para la extracción del aceite de copaibo, publicada por la Fundación para la Conservación del Bosque Chiquitano (FCBC).

Tanto el agua como el óleo que emanan de esta especie son una alternativa sostenible para mejorar la economía de familias chiquitanas y así evitar la migración a la ciudad en algunos casos. También permite disminuir la dependencia económica exclusiva del trabajo jornalero en las grandes haciendas o de la actividad agropecuaria a pequeña escala, que muchas veces se ve afectada por condiciones climáticas adversas, como las sequías y heladas que dañan la producción.

Patricia Patiño, de la Asociación Civil Apoyo Para el Campesino-indígena del Oriente Boliviano (Apcob), detalla que un árbol produce entre un cuarto y un litro de aceite por año. El precio de venta fraccionado, envasado y etiquetado fluctúa entre Bs 12 y 15, por frasco de 15 mililitros. Un litro puede generar hasta Bs 1.000. En el caso de El Rancho, por motivos que aún no se han identificado, los árboles de su reserva producen hasta un 300 por ciento más de resina que en otras zonas de la Chiquitania.

La técnica de extracción permite que el árbol provea el aceite de forma permanente.

La venta de productos elaborados con materia prima extraída del bosque es parte de la economía de esta comunidad.
Foto: © Nelson Pacheco

Estos son los productos que elaboran las mujeres de El Rancho. Foto: © Nelson Pacheco

Rolando Chuvé, presidente de la comunidad indígena, cuenta que desde hace varios años tienen en el copaibo un aliado para generar recursos adicionales a la venta de quesos, frutas y la ganadería. "Aquí cada familia tiene como diez vaquitas, plantas de papaya y plátanos, que es con lo que vivimos. Pero todos trabajamos con el copaibo: los hombres extraemos agua y aceite, y las mujeres lo envasan y transforman en champús y cremas".

Ellos tienen días específicos para la cosecha comunal y la producción. Cuando ello sucede, las señoras dejan sus familias los sábados y los hombres lo hacen, una vez al mes.

La comercialización del aceite y sus derivados, como champú, jabones, ungüentos, tiene un alto margen de utilidad. Solo con la transformación, las utilidades se incrementan en un 50 por ciento.

Además es un negocio amigable con el medioambiente porque hoy en día se aprovecha el árbol durante varios años, sin dañarlo. Hace décadas, se hacía un corte profundo con hacha hasta el corazón del árbol para extraer el agua y aceite, causando así un daño irreversible. Si bien la madera se aprovechaba, en muchos casos ya no había oportunidad para una próxima cosecha.

Así se extrae el líquido del "árbol que cura" en la chiquitania: se abre la tapa del tubo que está conectado al corazón del árbol y muchas veces puede fluir aceite o solo agua.
Foto: © Nelson Pacheco

"Las necesidades humanas para un producto de este tipo superan los miles de toneladas de copaibo al mes. El árbol es un laboratorio químico que entrega la medicina lista para usar, sin adulteración, sin ningún tipo de proceso que dañe el producto que es natural y efectivo, sin contraindicaciones", afirma Coímbra.

Si bien hay un potencial mercado, hoy en día la única comunidad que se beneficia de forma permanente de este producto es El Rancho, porque posee una reserva con cientos de árboles, ubicados muy cerca unos de otros, lo que garantiza mayor capacidad de recolección. Actualmente aprovechan 236 copaibos que tienen marcados en una zona de 48 hectáreas.

Comunidades chiquitanas como Santa Mónica, Río Blanco, El Carmen, (Concepción), Quitunuquiña y Santiago de Chiquitios (Roboré), entre otras, también trabajan con este producto, pero a menor escala.

Para Coímbra, la clave para mejorar la economía de estas comunidades y satisfacer la demanda creciente por el producto es ejecutar proyectos comunales de reforestación y plantaciones forestales con copaibo, para fines de uso mixto: aprovechar la madera si este no tiene resina o extraer el oro líquido; un "oro líquido" que beneficiaría a muchas personas.

Un angosto camino rodeado de haciendas ganaderas lleva hacia el pequeño paraíso de cobaipo, en El Rancho. Foto: © Nelson Pacheco

En esta comunidad hombres y mujeres se distribuyen las tareas para lograr vender con valor agregado los productos derivados del aceite curativo. Foto: © Nelson Pacheco

En **LA REGIÓN** hacemos periodismo en profundidad para explicar la realidad medioambiental y el potencial ecoturístico y comunitario de Bolivia . Ahora puedes elegir cómo recibir nuestras notas y reportajes especiales. Únete a la comunidad **"Amigos de La Región",** elige tu canal favorito, gratis , sin spam.

(591) 70079347 | La Región Prensa | Mail Suscripción

GUERREROS DE FUEGO:

detrás de los bomberos voluntarios forestales

Foto: © Bomberos Voluntarios Forestales Quebracho

Se han convertido en parte fundamental durante los períodos críticos de incendios en Bolivia. Tras el desastre de 2019, surgieron muchos grupos, pero varios de ellos ya venían haciendo un trabajo silencioso y poco reconocido. ¿Quiénes son estos hombres y mujeres que dejan todo para salvar los bosques que quedan?

Rocío Lloret Céspedes

**Este reportaje fue realizado en colaboración entre La Región y Red Ambiental de Información, como parte del Fondo Concursable Spotlight XI de Apoyo a la Investigación Periodística en los Medios de Comunicación que impulsa la Fundación Para el Periodismo.*

Juanito (izq.) y Elmar (Der.) en un momento de descanso bajo un sol tremendo. Un mes antes, ambos estaban en los incendios, sofocando llamas.

El traje de bombero de Juanito Cuéllar Chuvez (47) por ahora está colgado. Esta tarde apacible de noviembre en Santiago de Chiquitos (Roboré), se quedó en casa para ordenar el caos que deja una mudanza reciente. "No tengo mucho tiempo", dice amable, pero se toma las horas suficientes para hablar de aquella responsabilidad que asumió hace dos años como comandante de la Brigada de Bomberos Comunales de Santiago.

Juanito vive a diez cuadras de la casa de Elmar Cuéllar Gómez, otro miembro del grupo voluntario. Él, sus hermanos y sobrinos mayores de 18 años, rápidamente descuelgan los trajes de seguridad cuando hay un llamado para atender una emergencia por fuego. Hoy, en cambio, todos ellos combaten el calor de esta selva verde bajo un árbol de ramas largas, mientras niños chiquitos juegan en el suelo de arena sin siquiera afanarse.

Hace poco menos de un mes, esta escena de tranquilidad habría sido imposible. Santa Cruz se encontraba en época crítica de incendios y a los bomberos de Santiago les tocó controlar al menos seis dentro de la Reserva Municipal de Vida Silvestre Valle de Tucabaca. Tras concluir su misión, les pidieron apoyar a sus vecinos de San Matías, un municipio donde ardieron alrededor de 916.486 hectáreas, de las cuales 697.929 hectáreas se quemaron dentro del Área Natural de Manejo Integrado (ANMI). Fue el incendio que más tiempo duró este año, porque se prolongó por cuatro meses.

La efectividad del grupo -conformado por cuadrillas de la Organización Territorial de Base (OTB) San Lorenzo de Tucabaca, Santiaguito y Santiago- ayudó a que las emergencias en su territorio no pasen a ser de magnitud como sucedió en 2019.

Los bomberos de Santiago y muchos otros grupos surgieron, precisamente, tras ese desastre ecológico. En el país había brigadas de bomberos voluntarios en las principales ciudades, pero sus integrantes estaban especializados en incendios estructurales, rescate vehicular o materiales peligrosos. A partir de 2019, todos vieron la necesidad de capacitarse, actualizarse y equiparse para enfrentar incendios forestales.

Hablar con ellos casi siempre lleva a la misma respuesta. "Lo hago porque quiero que mis sobrinos o mis hijos puedan respirar aire puro. Aquello era como estar viendo el Apocalipsis: animales muertos, kilómetros y kilómetros de un paisaje negro; un desierto", dice Pablo Yturbide. Y así describe cómo quedó la Chiquitania hace dos años.

Con 31 años, este profesional de la Fuerza de Bomberos de la República Argentina dejó su país, su empresa y un trabajo estable en la provincia Entre Ríos para sumarse a los Bomberos Voluntarios Forestales Quebracho, un grupo que surgió meses después de los incendios de 2019. Ahora vive en Santa Cruz y se encarga de la preparación física de este grupo de élite conformado por 30 miembros y ocho aspirantes. Decidió empezar de cero y para mantenerse confía en que encontrará alumnos que sigan sus ejercicios.

Los bomberos de Santiago en el trabajo de liquidación, la última fase de un incendio forestal. Foto: © Bomberos Comunales de Santiago.

Especializado en rescate acuático y respuesta inmediata, Yturbide supo de los incendios en la Amazonia boliviana por la prensa internacional y vino como voluntario con un grupo de compañeros.

-Yo dije, no debe ser tan grande. La onda era venir y prestar colaboración. Empezamos el primer día el recorrido por Taperas (San José de Chiquitos) y ahí notamos que la quema era algo que nunca antes habíamos visto. Eran incendios de sexta generación que se ven pocas veces en el mundo: hubo uno en Australia, otro en Chile y acá.

Armando Rodríguez, gerente de proyectos de la Fundación Amigos de la Naturaleza (FAN), dice que los incendios de sexta generación a los que se refiere Yturbide, tienen que ver con la intensidad del fuego.

- Un incendio de sexta generación puede modificar el microclima de la región. La temperatura llega a elevarse tan rápido que las nubes de humo que se liberan a la atmósfera modifican la temperatura y la humedad en la vegetación. Por eso tienen esa categoría internacional, por su alta intensidad y poca duración.

EL AÑO QUE MARCÓ MUCHAS VIDAS

En 2010, Bolivia registró un récord de áreas quemadas: nueve millones de hectáreas entre enero y octubre. En 2019 fueron 6,5, pero en menor tiempo.

Las imágenes de la destrucción cambiaron muchas vidas, incluso a miles de kilómetros del epicentro de los incendios: la Chiquitania y el Pantanal.

- 2019 fue un año fundamental. Mucha gente no contemplaba el hecho de ser bombero algún día. Pero ver que tus bosques se estaban quemando y que lo que planteaba el Gobierno no era lo mejor, nos hizo reaccionar para ser parte de la solución-, dice Anahí Paravicini.

Paravicini es una de las cinco mujeres que forman parte de Bomberos Voluntarios Forestales Quebracho. Desde La Paz, su ciudad natal, esperaba que el presidente Evo Morales declare desastre nacional (en 2019), con lo cual se hubiera facilitado el ingreso de bomberos internacionales y el equipamiento necesario por Aduana. Como aquello no ocurrió y las llamas continuaban arrasando con lo que encontraban a su paso, primero decidió apoyar una campaña por redes sociales para que el mundo conozca lo que pasaba en Bolivia. Luego viajó a Santa Cruz, sin certezas sobre la zona a la que llegaría.

Como ella, miles de personas de todo el país -incluso bomberos de otras regiones- arribaron a Roboré, entre agosto y septiembre de aquel año. Querían colaborar en lo que fuera posible. El gran problema era que no todos tenían experiencia, menos indumentaria para sumarse a esa lucha desigual entre el ser humano y el fuego.

"En Bolivia, muchos (bomberos) se quedaron con un curso de 1998 que trajo la ONU justo después de un incendio grande que hubo en Guarayos. Era un curso básico de bomberos forestales diseñado en Miami. Quizá para 1998-2000 servía, pero de ahí en adelante no hubo evolución en la formación", reflexiona Álvaro Castillo, comandante de las Unidades Urbanas de Bomberos y Rescate (UUBR), un grupo de voluntarios que nació en Santa Cruz, en 2007.

Tal vez esta fue una de las razones por las que los recursos técnicos para actuar eran limitados. Los UUBR eran de los pocos que se habían formado en el exterior para atender estas emergencias. Eso les permitió, por ejemplo, realizar abastecimiento vehicular en línea a los helicópteros que apoyaban con agua, para evitar que la nave gaste muchas horas en vuelo y hacerla más eficiente.

Fueron cuatro meses de desesperación, cansancio y desolación. No solo se había quemado gran parte de la Chiquitania, Chaco, Pantanal y Amazonia, sino que las comunidades indígenas perdieron sus cultivos para alimentarse y los recursos maderables, como cusi y copaibo, de los cuales extraían aceites para comercializar.

"Después que se apaga el fuego, el problema sigue en las comunidades", dice Anahí, quien recorrió la zona con ayuda que le dieron empresas privadas como el banco BCP o el Cine Monje Campero, de La Paz. Lo que allí vio: falta de acceso a la salud, desesperación por la falta de agua, una niña que casi pierde un pie porque no había cómo trasladarla a Roboré tras una caída; la llevó a sumarse oficialmente a Quebracho, en 2020.

Este grupo surgió a raíz de los incendios de 2019, de la mano de Diego Suárez, su actual comandante. La idea era crear una unidad especializada en incendios forestales. Con ese norte, los integrantes empezaron a capacitarse, equiparse y ser "mendigos de causas nobles".

Foto: © Bomberos Voluntarios Quebracho

Muchas veces, cuando es difícil transportar agua porque las zonas son inaccesibles, los bomberos deben apagar las llamas con herramientas, a fuerza de lomo. Foto: © UUBR

– *En mi unidad hay de todo, médicos, veterinarios, comunicadores. Los fines de semana salimos con nuestras latitas para recaudar fondos y en las temporadas de incendios, pedimos permiso o vacaciones, por una semana o diez días para rotar y estar en las zonas de emergencia-, dice Diego.*

Esa decisión, de convertirse en un grupo de élite los llevó a soñar con el primer carro bomba forestal para el país. Tras tocar puertas de la empresa privada, realizar kermeses, venta de comida y salir a las calles para recaudar fondos, reunieron los $us 100 mil para la compra. Ahora trabajan para poder equiparlo.

EL "MÚSCULO" DE LA SOCIEDAD CIVIL

En una reunión a la que convocó la Gobernación de Santa Cruz este año, antes de la época de incendios, se registró 30 grupos de bomberos voluntarios de diferentes puntos del país, legalmente establecidos.

Daniela Justiniano, de Alas Chiquitanas, un grupo ciudadano voluntario sin fines de lucro que también surgió tras los incendios de 2019 y apoya a estas brigadas; asegura que son muchos más. Sin embargo, no existe un registro oficial del número.

En Chuquisaca hay dos: la compañía de Bomberos La Plata y Monteagudo. En 2020 y este año, a ellos les tocó responder en primera instancia los incendios en el área protegida El Palmar e Iñao. También hay grupos de Tarija, La Paz, siendo los cruceños los más numerosos: al menos 15, sin contar a los grupos de bomberos comunitarios.

En Beni, el departamento que más incendios registra desde hace varios años, no se tiene reporte. Carola Vaca, secretaria departamental de Medio Ambiente, explica que el Centro de Operaciones de Emergencia Departamental (COED) se encarga de la contingencia ante estos desastres y cuenta con bomberos instructores que van a las comunidades. "En la Secretaría no tenemos bomberos forestales porque no tenemos presupuesto, aunque sí hay técnicos que hacen seguimiento a alerta temprana y a los focos de calor", afirma.

Esta gestión, el departamento amazónico fue el segundo más afectado por los incendios, según el reciente informe de la FAN.

Yovenka Rosado, jefa de la Unidad de Bomberos Forestales de la Gobernación de Santa Cruz, asegura que este año se encargaron del transporte, alimentación y hospedaje de los grupos voluntarios que movilizaron a las zonas de incendios. Entre enero y octubre se quemaron alrededor de 3,4 millones de hectáreas en el país, el 46 por ciento se concentró en áreas protegidas nacionales y subnacionales. Además, 2,4 millones de hectáreas se quemaron en el departamento de Santa Cruz, que sufrió una afectación del 60 por ciento de áreas protegidas. Según sus datos, el ente departamental destinó Bs 5 millones para manejo de fuego, un presupuesto que superó a las anteriores gestiones.

Los Quebracho, sin embargo, explican que ellos buscan autonomía de movimiento. Por eso el año pasado y este la importadora Imcruz les prestó camionetas para que puedan acudir a los lugares donde los requerían. En La Paz, Anahí Paravicini intentó gestionar la dotación de una camioneta de la Dirección General de Registro, Control y Administración de Bienes Incautados (Dircabi). La respuesta fue que les darían una pero que ellos debían repararla. La última vez que llamó a los responsables, pese a que había una promesa de por medio, no le contestaron el teléfono.

En la plaza 24 de Septiembre de Santa Cruz, los bomberos esperan que los conductores les den monedas. Ahora buscan equipar su carro forestal Foto: © Bomberos Voluntarios Forestales Quebracho

Quienes sí tuvieron más suerte con el trámite fueron los Bomberos Voluntarios Rescate Urbano de Santa Cruz, a quienes se les dio un vehículo incautado. Lo que no tuvieron este año fue la renovación de sus herramientas, dice Hugo Vargas.

En el caso de los GEOS de Cochabamba, un grupo que nació hace siete años de la mano de un grupo de voluntarios, actualmente tiene tres compañías: dos en la Llajta y una en La Paz. Ellos, como el resto de sus compañeros, reciben muy poca ayuda de entidades estatales. De hecho, para sostenerse, los GEOS aportan Bs 20 cada mes, para cubrir luz, agua y teléfono. "Yo dono casi el 70 por ciento de mi sueldo para pagar combustible y mantenimiento de vehículos•, explica Carlos Azcárraga, el coordinador nacional.

Hasta antes de los incendios de 2019 y otros sucesos, como una riada que arrastró a todo un barrio en Tiquipaya (Cochabamba), la sociedad civil empezó a darse cuenta de cuán necesarios son sus bomberos voluntarios.

El Estado tiene su propia unidad de bomberos de la Policía Nacional, pero los hechos han demostrado que los efectivos son insuficientes y requieren mayor capacitación para atender emergencias forestales.

Por eso es que los grupos de bomberos comunales que se empezaron a formar con apoyo de oenegés, especialmente, son muy respetados.

En todos los casos, los integrantes viajan por sus propios medios de un departamento a otro, usan sus propias herramientas, consiguen sus propios equipos de seguridad y recaudan fondos con actividades. También deben pedir vacaciones para ausentarse de sus trabajos o de sus clases en la universidad en la época de incendios.

"Nosotros mandamos cartas a las empresas y les dan días de vacación, pero este año, cuando fuimos a San Matías (Santa Cruz), que no tiene señal de teléfono, nos quedamos ocho días. Uno de mis bomberos volvió y se quedó sin empleo", cuenta Azcárraga, de GEOS.

Lo irónico de todo esto es que una Ley limita el accionar de los voluntarios y no permite a las entidades subregionales crear sus propias unidades de bomberos. Ante ello, alcaldías, gobernaciones "disfrazan" esa figura con las Unidades de Gestión de Riesgo, pero no pueden llamarlos bomberos ni formarlos, porque la ley no les permite. De hecho, en algún momento la Policía planteó que los grupos de bomberos voluntarios deberían desaparecer, "porque usurpan funciones".

Alejados de toda esa polémica, ellos lo único que piden es que si no van a ayudarlos, tampoco los perjudiquen.

En la reciente Feicobol de Cochabamba, los GEOS aprovecharon para recaudar fondos. Esta semana ellos y otros grupos de voluntarios iniciaron una campaña más amplia. Foto: © GEOS

– *Mi compromiso es de vida. Nos apoyen o no (entidades estatales), el trabajo es el mismo. Tocamos mil puertas y nos abren una, no faltan los ángeles que nos ayudan a que estemos mejor. Lo único que pedimos es que no nos pongan trabas. Deberían ayudarnos más, pero si no lo hacen, por lo menos que no interfieran–, dice Diego Suárez.*

GUERREROS DE FUEGO

El trabajo de los bomberos voluntarios en Bolivia tiene dos caras. Por un lado, el hecho de que la extinción de incendios sea mayoritariamente de forma voluntaria, hace que la gente lo entregue todo a la hora de apagar un incendio. La otra cara de la moneda es que al no tener una dedicación exclusiva, el reto es lograr la profesionalización.

Así lo ve Édgar Juan Perelló, comandante y coordinador de la Unidad de Respuestas de Incendios Forestales de España (URIF). En ese contexto, es necesario que los equipos de extinción tengan un nivel de capacitación elevado para que trabajen con seguridad. A finales de octubre, gracias al apoyo del hotel Radisson en Santa Cruz, él y su equipo impartieron cursos a 160 personas.

"Nuestro trabajo va a ser, en un futuro, capacitar a estas personas en cuanto a intervención en incendios forestales, en formatos de seguridad y en diferentes ambientes. También en uso de fuego técnico, tanto a los medios que luchan contra los incendios como a las personas que se ven obligadas, a lo largo del año, a quemar en el campo", dice.

La razón es que si un incendio se atiende en las dos primeras horas es más fácil de extinguir. El problema surge cuando lleva días sin que un profesional acuda a controlarlo.

"Nosotros (en España) tenemos un servicio profesional (de bomberos forestales), como ocurre con enfermeras o maestros de escuela. La educación es una necesidad a tiempo completo, igual que la sanidad y hace cuatro o cinco años también lo son los incendios forestales. Los gobiernos tienen que darse cuenta de eso, que se trata de una necesidad a tiempo completo", insiste.

Édgar Juan Perelló llegó por segunda vez al país acompañado de un equipo de cuatro bomberos profesionales, entre ellos Andrea Carpio Carrillo, quien desde niña vio a su abuelo trabajar como guarda rural y heredó el amor por la naturaleza.

Para describir el impacto que sintió al ingresar a San Matías y ayudar unos días en las labores de extinción, dice que en España para sudar tienes que salir a correr; acá tienes solamente que levantar un brazo.

Agobiada por las altas temperaturas, le tocó aclimatarse un día antes de entrar a primera línea. Allí conoció de cerca cómo trabajan los bomberos voluntarios bolivianos.

Para ella como para muchas mujeres voluntarias, el tema de tener la regla menstrual en medio de una campaña, o hacer las necesidades biológicas en medio del bosque no son cosas que puedan obstaculizar su trabajo.

A la emergencia de San Matías acudieron diversos grupos de bomberos voluntarios, entre ellos los españoles de URIF. Foto: © Andrea Carpio, URIF

Los bomberos Voluntarios del La Plata, el día que volvieron desde Presto a Sucre. Chuquisaca sufrió incendios forestales en 2020 y este año.

Aparte -coincide Mirna Echave, comandante de Bomberos Unidos Sin Fronteras de La Paz- cuando una sabe que algo puede perjudicar al equipo, es mejor no ir ese día o formar parte de logística de alimentación a tu grupo. "Es lo mismo cuando un compañero varón se lesiona, pero tiene ganas de acudir. Si va a ser un problema, es mejor decir: hoy no puedo y someterse a tareas más livianas. Es parte de nuestra responsabilidad".

"PESO A PESO"

Septiembre de 2021, Feria Exposición de Santa Cruz. En el stand de la Gobernación de Santa Cruz, un grupo de bomberos uniformados se toma fotos con niños y alcanzan una latita para que quienes pasan puedan echar unas monedas.

Es el sábado previo al cierre y miles de personas se dieron cita a la muestra ferial en la que se exhibe todo el potencial económico cruceño.

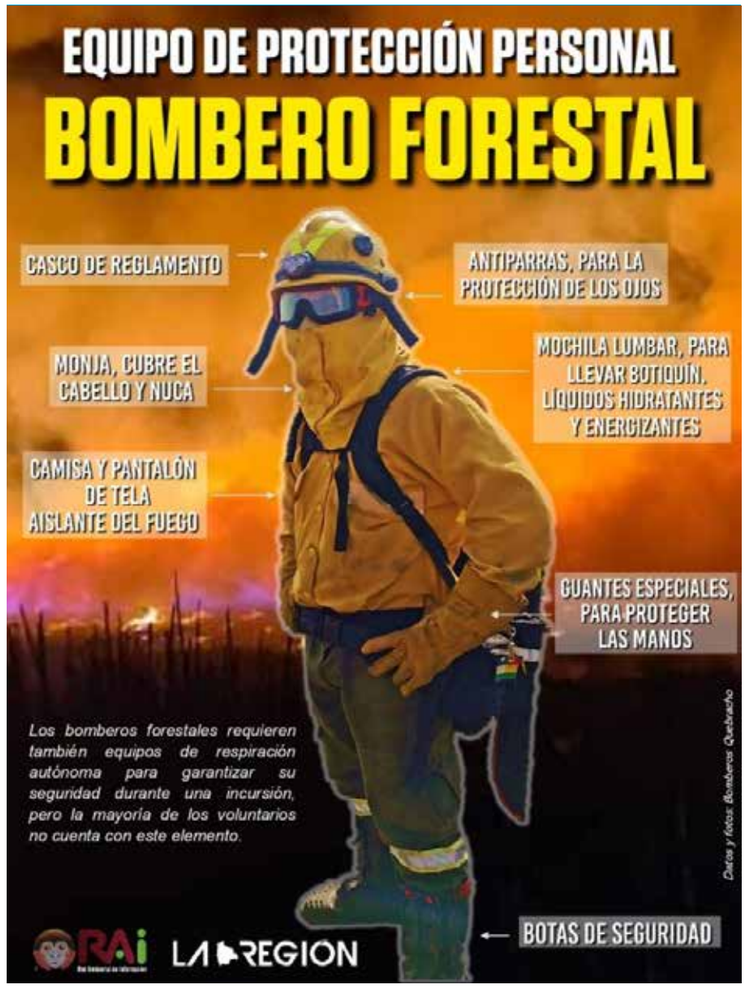
Juanito Cuéllar viajó desde Santiago hasta Santa Cruz durante cinco horas. Ya lleva aquí cuatro días. En este tiempo logró reunir Bs 3.080. Este año, además, la Secretaría de Medio Ambiente de la Gobernación les dotó de seis mochilas forestales, guantes y palas, "pero nos falta botas, somos alrededor de 40", dice apenado.

Con el dinero comprará gasolina, medicamentos, pilas para linternas.

– *Ser voluntario, le digo siempre a mis bomberos, no es estar sin oficio. Es sacar tiempo para ayudar a otras personas, salvar la flora y fauna. La adrenalina en campo es grande, es un compromiso de no salir hasta no apagar el fuego. Sabemos las consecuencias y eso no sé si lo sabe la sociedad, pero a la larga nos va a costar la vida, porque pese a la protección que tenemos, respiramos mucho humo.*

Mientras Juanito, Diego, Anahí o Elmar salen, sus familias se quedan en casa, angustiadas por lo que pueda llegar a pasarles. Quizá por eso, Selva Lucía, la esposa de Juanito, también se hizo voluntaria, así como su hijo Pablo Emmanuel y su hija Jessica. Ella, maestra de profesión, entró por primera vez este año a primera línea. "Yo doy clases a los niños, les hablo de conservación, pero ¿cómo voy a enseñarles si no ven que hago lo que predico?".

Parte de la cuadrilla De Santiago de Chiquitos, en Roboré. Aquí hay hombres y mujeres mayores de 18 años. El comandante, Juanito Cuéllar, tiene 47.



Este es el equipo de protección personal que los bomberos forestales necesitan de forma permanente. Apóyalos cuando realicen campañas de recaudación.

COMUNICA IDEAS
CONSULTORES EN COMUNICACIÓN Y PRENSA
• DISEÑO GRÁFICO Y DESARROLLO DE CONTENIDOS PARA REDES SOCIALES
• DISEÑO DE CATÁLOGOS VIRTUALES
• PRODUCCIÓN Y DISEÑO DE REVISTAS
Dirección: C/Moisés Subirana N° 1368 • Teléfono: 700 79347
Correo: comunideas.prensa@gmail.com

Qué es el Abayoy y por qué los incendios amenazan uno de los **ECOSISTEMAS** más ricos de Bolivia

La región más golpeada por el fuego en Santa Cruz alberga monte virgen y especies de flora únicas en el país. Tras el desastre de 2019 no hubo tiempo suficiente para la regeneración del bosque, advierte un experto.

Texto: *Rocío Lloret Céspedes*
Fotos: *Juan Carlos Catari*

El Abayoy es uno de los ecosistemas menos conocido y casi endémico de Bolivia. Considerada una de las pocas zonas que quedan con bosques vírgenes y un tipo de vegetación única, abarca Puerto Suárez (Pantanal), San Matías y Roboré, en Santa Cruz. Se trata de un territorio tan poco estudiado, que expertos plantean que el 80 por ciento de su extensión está en el país y cierto porcentaje podría encontrarse en Paraguay, posiblemente con otro nombre. Todo el lo hace único en cuanto a biodiversidad de flora y fauna.

En los últimos tres años, este corredor biológico ha sido golpeado por incendios forestales de diversa magnitud. Esto no ha dado el tiempo suficiente para su regeneración y recuperación. Gran parte de este ecosistema se encuentra en el Área e importancia ecológica Ñembi Guasu, la segunda área de conservación más grande de Bolivia, con 1,2 millones de hectáreas y amplia frontera con Paraguay. Está junto a los Parques Nacionales Kaa Iya y Otuquis, con los cuales conforma una cadena de conservación.

Juan Carlos Catari, vicepresidente del Colegio de Biólogos de Santa Cruz e investigador, realizó exploraciones biológicas en la zona, para elaborar el plan de manejo, que está actualmente en edición.

Foto: © Juan Carlos Catari

Cenizas acumuladas en el camino después de los incendios de 2019 en el Abayoy.
Foto: © Juan Carlos Catari

Asentamientos irregulares dentro del Parque Nembiguasu. Foto: © Juan Carlos Catari

En entrevista con La Región, dice que lo que se está viendo en los últimos años son quemas frecuentes iniciadas por la mano del ser humano y se pregunta: si han pasado cientos de años que la zona no se quemaba con tal magnitud y con tal frecuencia, ¿por qué ahora sí se quema?

Su alusión hace referencia a que hay áreas en la Chiquitania que tienen incendios naturales, los cuales tienen una frecuencia cada cinco o diez años. Llama la atención que los lugares donde están los incendios son despoblados, lo que que alguien inicia las quemas.

Aunque Ñembi Guasu es un área protegida del Gobierno Autónomo Indígena Originario Campesino de Bolivia Charagua Iyambae (Gaioc), lo que implica que no debe haber actividad dentro, Catari asegura que "hay asentamientos ilegales".

Áreas de avasallamientos dentro del Nembiguasu. Los camping son del equipo de Nativa que fue a evaluar el lugar. Foto: © Juan Carlos Catari

"Esa es una zona de bosque chiquitano transicional en buen estado de conservación. Estuve allá a inicios de año y es un monte alto de hasta 25, 30 metros de alto, denso, pero ya tiene colonos adentro. ¿Por qué a la gente le interesa estas tierras? Porque son productivas. Lo único que necesitan esas tierras es un poquito más de agua, pero las tierras son productivas y eso induce a que la gente quiera avasallar y hacer negocios", afirma.

LA VULNERABILIDAD DE LA ZONA

Cuando cae una helada, como la que se registró el 31 de julio pasado en Santa Cruz, hay que esperar incendios de magnitus. Así lo refieren expertos en el tema. Sucedió en 2019, antes de los incendios y sucedió este año.

"Normalemente la helada seca las hojas en los árboles mismos, luego estas caen y forman una biomasa seca. Basta una chispa para incendiar todo. A principios de este año, yo estuve en la zona (Ñembi Guasu) y ya estaba tratando de recuperarse, pero la gente debe entender que, el hecho que esté verde, no quiere decir que esté recuperando", explica el biólogo.

Haciendo una analogía, cuando alguien se quema un brazo, el hecho que pueda moverlo, no significa que la piel está recuperada del todo; lo mismo sucede con la vegetación. Muchas veces la televisión muestra vegetación después de una lluvia, pero si se hace un muestreo, se verá que la pérdida de vegetación no se ha recuperado.

De hecho, se necesita tres componentes para que ese fenómeno suceda:

1. Que los nutrientes del suelo estén relativamente a disposición de las plantas.
2. Que tengan los polinizadores para que esas plantas puedan regenerar nuevamente un banco de semillas.
3. Que tengan los dispersores necesarios.

Cenizas que arrastra la lluvia después de los incendios, todas las cenizas son llevadas por el viento o por el agua hacia las quebradas y charcas de aguas temporales. Foto: © Juan Carlos Catari

En 2019 -dice Catari- se quemó entre el 30 y 40 por ciento de Ñembi Guasu, usted cree que los polinizadores y dispersores han vuelto en su totalidad?

Volvemos a quemar ÑG con la intensidad y magnitud de 2019, todo ese banco de semillas que estaba regenerándose, ha vuelto a quemarse.

Vegetación del Abayoy quemada tras el desastre ecológico de hace dos años. Foto: © Juan Carlos Catari

ABAYOY, EL TESORO ESCONDIDO

El ecosistema del Abayoy forma parte de la ecorregión de la Chiquitania y tiene características muy peculiares. Entre otras cosas, está en un clima seco, lo que significa que solo llueve entre tres y cuatro meses. Además funciona como un corredor entre la ecorregión del Chaco, que está al oeste y la ecorregión del Pantanal, que está hacia el este. Tanto desde la Chiquitania hacia el sur, como hacia el Chaco, el Abayoy forma un corredor en cruz.

"El Abayoy es un complejo de ecosistemas. Por un lado tiene un bosque chiquitano de transición al Chaco, después tiene un matorral, que tiene un conjunto de especies únicas en la zona, pero lo que más llama la atención es cómo se organizan las especies", afirma Catari.

Ese clima seco y sus suelos arenosos son los que lo hacen altamente susceptible al fuego. Pese a que es un ecosistema adaptado a la condición extrema del clima, las características de la flora, indican que no está adaptado para sufrir incendios con frecuencia, como sí sucede con el Cerrado.

Frente a esta situación, el experto recomienda, una vez terminen los incendios: evaluar los daños in situ en el menor tiempo posible, hacer un monitoreo mediante estaciones meteorológicas y monitorear la biomasa. Finalmente, la Autoridad de Fiscalización y Control Social de Bosques y Tierra (ABT), "debe analizar la posibilidad de que ya no se permita chaqueos en esta zona".

Porque más allá del daño al medioambiente, se desconoce el que se está provocando a pueblos no contactados, como los ayoreos que están en Lembi Guasu. "Estamos quemando la casa de los ayoreos. Sus áreas de cacería están siendo afectadas, fuentes de agua, todo", lamenta Catari.

La fauna de reptiles son los más afectados por el fuego, ya que ellos no pueden desplazarse tan rápido, para alejarse del fuego. Foto: © Juan Carlos Catari

Todos los animales que no pueden correr rápido, son alcanzados por el fuego y terminan muriendo por quemaduras o por asfixia. Los tatus, pejis, tatubola, son un grupo muy afectado. Foto: © Juan Carlos Catari

¿quieres comprar o vender artículos de 2da mano para mamá, bebé o niño?

UNA NUEVA FORMA DE COMPRAR y VENDER

De Bebé a Bebé

debebeabebe.bo

www.debebeabebe.com.bo

de BEBÉ a BEBÉ

“ALARMANTE”

tráfico de ranas del Lago Titicaca

Los traficantes pusieron a las ranas en pequeños espacios sin las mínimas condiciones para sobrevivir. Foto: © Serfur Perú

En Perú se decomisó un cargamento con 1.750 individuos de la especie Telmatobius culeus, catalogada en “Peligro Crítico” de extinción. La experta boliviana Teresa Camacho advierte que se estaría colectando estos anfibios incluso en Bolivia para venderlos en Perú.

Personal de Serfor puso a salvo a los animales que fueron encontrados en cajas con pequeños compartimentos. Foto: © Serfur Perú

La Región

La reciente intervención de un cargamento con 1.750 ranas del Lago Titicaca *(Telmatobius culeus)*, transportadas ilegalmente con destino a Lima, Perú, muestra la gravedad del tráfico de esta especie, categorizada en “Peligro Crítico” de extinción, tanto en la lista Roja de Bolivia como Perú, y “En Peligro” por la UICN (Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza). Entre otras cosas, porque por la cantidad decomisada, se presume que varios individuos fueron colectados en Bolivia.

El operativo fue realizado por el Servicio Nacional Forestal y de Fauna Silvestre (Serfor) del país vecino, junto con la Intendencia de Puno, según un reporte del diario El Peruano.

Los anfibios estaban hacinados y eran transportados en una caja de madera dividida en diez compartimentos con pequeñas ranuras, la cual estaba envuelta con un saquillo, “como encomienda”. El documento de manifiesto detallaba que se trataba de truchas y el paquete estaba en el vehículo de una empresa de transporte.

Al momento de la intervención, las ranas estaban deshidratadas, sin alimento ni espacio para movilizarse. La nota refiere que, tras la evaluación de su estado de salud, especialistas del Serfor Puno determinaron que podían ser devueltas a su hábitat natural.

UNA SITUACIÓN COMPLEJA

Para la bióloga Teresa Camacho Badani, jefa del centro K’ayra de Investigación y Conservación de Anfibios Amenazados, la rana gigante del Titicaca sufre cada vez más amenazas. Una de las principales es la contaminación, pero también lo es el vertido de aguas servidas, desechos de poblaciones aledañas y la minería. En el caso del tráfico, “no es nuevo”. De hecho, según Serfor, entre 2012 y 2019, 15.000 ranas fueron decomisadas. “Esto no supone que hay muchas ranas en el lago. Esto es producto de varias colectas en muchos lugares, por lo que cuando se logra obtener un alto número, se realizan estos envíos hacia Lima. Por la cantidad, estamos asumiendo que también colectan ranas de Bolivia. Es muy probable, y las llevan a Perú, donde está el mercado”, asegura.

La demanda del anfibio en la capital peruana es alta, debido a que se tiene la creencia de que consumirla como jugo puede aliviar problemas de asma, bronquios o cansancio, entre otros. “Es alarmante la cantidad de ranas que son traficadas y es necesario tomar medidas al respecto”, advierte la experta.

Pero, además, el otro peligro al que se enfrenta la especie está en la devolución a su hábitat, como sucedió con las 1.750 rescatadas. Camacho advierte que al no saber de qué parte del lago proviene cada individuo, surge otro riesgo para la especie. "Justamente ahora estamos haciendo este estudio genético, para saber si es una sola especie, si son más. Hasta podrías estar haciendo más daño, devolviéndolas al Lago que manteniéndolas en cautiverio. Es bien difícil esa parte de los decomisos".

LA ESPERANZA DE LOS ANFIBIOS

Frente a esta situación, existen iniciativas, como la del Centro K'ayra, del Museo d´Orbigny de Cochabamba, donde se mantiene poblaciones de ranas, que se espera que puedan volver a la naturaleza una vez se hayan mitigado las amenazas en su hábitat natural.

Asimismo, existen esfuerzos binacionales (entre Bolivia y Perú), para el monitoreo de las poblaciones y sus amenazas, lo cual ayuda no solo a conocer a la especie, sino también tomar mejores decisiones para su conservación.

Por ejemplo, en 2018 se firmó el Plan de Acción Binacional para la conservación de la Rana Gigante *(Telmatobius culeus)* y del Zambullidor del Titicaca *(Rollandia microptera)*, elaborado en cumplimiento del segundo compromiso de la Declaración de Lima III.

Para la experta, fue un gran paso para comenzar un trabajo conjunto, para realizar monitoreos poblacionales, hábitat y estudios genéticos. El equipo está liderado por la Fundación para las Ciencias de Cochabamba, conformado por el Museo de Historia Natural Alcide d´Orbigny, la Universidad Cayetano Heredia, de Perú; la Pontificia Universidad Católica de Ecuador; el Zoológico de Denver, Estados Unidos, y la organización NaturalWay. Además, cuenta con el respaldo de los gobiernos peruano y boliviano, así como del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

MUCHO POR RECORRER

Y aunque Bolivia no cuenta con una entidad como el Serfor de Perú, y es solo el Ministerio de Medio Ambiente y Agua, el que se ocupa de tales situaciones, desde la ciencia se trabaja más en la conservación de estas especies.

Esto porque las ranas acuáticas del genero Telmatobius son uno de los grupos más amenazados de Los Andes. "El 86 por ciento de las especies se encuentran en algún grado de amenaza", lamenta Camacho.

Además, de las 15 especies reportadas por la UICN, las 15 se encuentran amenazadas; diez son endémicas; tres, clasificadas como Vulnerables; tres, en Peligro; nueve, en Peligro crítico, y de esas nueve, cuatro están consideradas posiblemente extintas.

La rana gigante del Lago Titicaca *(Telmatobius culeus)*, es una de las especies más antiguas y numerosas del centro K'ayra .
Foto: © Teresa Camacho B.

**Publicidad gratuita, en apoyo a emprendimientos amigables con el medio ambiente. Si tienes un emprendimiento, llámanos al 70079347.*

Foto: Gentileza Vincent Vos

¿Por qué la muerte de un CAIMÁN NEGRO es solo la punta del iceberg de una serie de amenazas a la fauna en Bolivia?

Un experto ve con preocupación lo sucedido en una localidad de Beni, pero advierte que la expansión de la frontera agrícola está provocando mayores daños aún en especies silvestres.

Rocío Lloret Céspedes

La muerte de un caimán negro *(Melanosuchus niger)* en la localidad de Magdalena, Beni, al norte de Bolivia; generó repudio de parte de la ciudadanía al conocerse las imágenes por redes sociales. Rápidamente, tanto el Ministerio de Medio Ambiente como la Gobernación del departamento amazónico anunciaron investigaciones para dar con los responsables.

Vincent Vos, biólogo holandés que vive en la zona desde 2002, explica que existe una falta de consciencia en cuanto a la importancia ecológica de estos seres, sobre todo en las áreas rurales. Advierte, sin embargo, que el deceso del individuo es solo la punta del iceberg de un problema más grande, que es la "masiva muerte" de animales por la ampliación de la frontera agrícola, mucho más que otras amenazas como la caza y el tráfico.

Foto: © Rocío Lloret Céspedes

En el caso del reptil, el hecho se conoció esta semana tras la difusión de un video y fotos. Según un reporte del diario El Deber, el cuerpo no fue encontrado, pero el periodista John Arandia difundió en sus redes sociales un audiovisual, donde se ve un caimán siendo carneado.

La especie está en el Libro Rojo de los Vertebrados de Bolivia, catalogado "en peligro de extinción". "Estos son casos que llaman la atención, como el zorro Antonio o el tucán Tuqui Tuqui. Pero la caza de animales no representa ni el uno por ciento de la mortandad de animales por la ampliación de la frontera agropecuaria más que por cualquier otra cosa", dice Vos.

Su apreciación se basa en un reciente informe presentado estos días, que da cuenta de la muerte de casi seis millones de animales durante los incendios forestales de 2019. Asimismo, en la sentencia que recibió Bolivia por ecocidio.

La mayor parte de su hábitat ha sido exterminado. De hecho, en gran parte de Brasil y Paraguay ya no se encuentra individuos. En Bolivia, en los años 80 hubo mucha caza para la exportación de cueros, pero esto se logró controlar con redes nacionales y controles.

UN DEPREDADOR MUY ÚTIL PARA EL ECOSISTEMA

En este caso, el caimán negro es uno de los grandes depredadores de la fauna. Se alimenta de capibaras, peces y otros mamíferos. Lo más importante es que consumen principalmente individuos enfermos y otros que tienen alguna debilidad, "así aseguran una población sana y un equilibrio para que no haya poblaciones de animales que puedan multiplicarse mucho", explica el experto.

La mayor parte de su hábitat ha sido exterminado. De hecho, en gran parte de Brasil y Paraguay ya no se encuentra individuos. En Bolivia, en los años 80 hubo mucha caza para la exportación de cueros, pero esto se logró controlar con redes nacionales y controles. "La población se estaba recuperando, pero ahorita enfrenta otra amenaza que es destrucción de hábitat, ampliación de la frontera agropecuaria y la contaminación de los ríos", asegura el biólogo.

En cuanto a sus características, puede llegar a medir seis metros. Habita en lagunas y arroyos, por lo que la gente que vive en comunidades aledañas, no suele meterse a estos cuerpos de agua. Pero tanto esta especie como la serpiente sicurí *(Euniectes beniensis)* atacan a los animales domésticos y también al ser humano.

"En Antofagasta, una comunidad cerca de Riberalta, un hombre fue atacado hace algunos años, y se logró liberar. Hay otro caso en Las Piedras, donde también hay un hombre que tiene el vientre mordido por un caimán. Tanto en Beni como en Pando se escucha de niños que desaparecen y muchas veces se sospecha de sicurís o caimanes que los arrastran al agua, y no se sabe más".

En estas zonas rurales "no hay Policía, gobierno, ni fiscales", asegura Vos. Incluso en ciudades grandes como Riberalta se vende libremente la carne del reptil. "Preocupa la muerte de un caimán, pero también se debería actuar de la misma manera con gente que ha provocado la muerte de cinco millones de animales", sentencia Vincent respecto a los autores de chaqueos o quemas que derivaron en incendios, en la Chiquitania.

Foto: © Jean Christophe Vie / Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza

VISÍTANOS
Nos mueven las historias
WWW.LAREGION.BO
© HUGO SANTA CRUZ